

INTRODUCCIÓN

Cristo nos ha salvado, todos lo sabemos, desde pequeños lo hemos escuchado, y lo repetimos sin reparo porque es una de las verdades más claras y confusas del cristianismo. Pero cuando se nos pregunta acerca del qué o del cómo de la salvación, no pocas veces caemos en errores que desangran el rostro amoroso de Dios convirtiéndolo en un ser eternamente resentido que clama venganza por la ofensa cometida. El pecado rápidamente entra en el discurso de la salvación como su condición necesaria, tanto que pareciera que al cantar en el Pregón Pascual “Oh feliz culpa que mereciera tan grande Redentor” no pocas veces entendemos la necesidad de la caída para la encarnación. Si preguntamos a alguien, *¿de qué nos salvó Cristo?* Nos responderá sin pensarlo mucho, *del pecado, pues, ¿de qué más nos iba a salvar?* Y es verdad que nos salvó del pecado, el problema está en que cuando esa persona habla de la salvación lo hace pensando en el viernes santo, y al referirse al pecado, tiene en su cabeza la idea de *ofensa a Dios*, la ira de Dios. Pareciera de este modo que la salvación es la tinta correctora con la que Dios arregla esas líneas torcidas de su escrito, como un movimiento forzado, ajeno a la obra primera. Y el problema es que estas ideas están muy marcadas en nosotros, tanto que si alguien nos muestra el peligro de estas afirmaciones, lo vemos con sospecha y desconfianza.

Pero es importante al empezar nuestra reflexión aclarar que la Salvación no es la liberación del pecado. O por lo menos, no solo eso, que vendría a ser un dato minoritario en lo que representamos con esta palabra. La Salvación será entonces para nosotros librarnos de una situación peligrosa y darnos una nueva situación, la situación peligrosa será en nuestro caso la lejanía de Dios, la imposibilidad de vivir con él, *no poder ver su rostro sin morir*, y la nueva situación será el ser como él, conquistar la *semejanza* que clama nuestro ser *imagen de Dios*. La Salvación es la culminación de la obra creadora de Dios, nos ha creado Dios para salvarnos, hacernos partícipes de su vida divina. Entendemos así que la salvación no es por el pecado sino por la lejanía con Dios, que luego con el pecado se complicará por el rechazo, es verdad. Entonces podemos hablar de necesidad de Salvación desde antes del pecado en el paraíso y después de la crucifixión de Jesús de Nazareth. De ahí que en esta disertación

entendamos la Salvación dentro del Plan Divino, que ha empezado con la Creación, como un solo accionar de Dios. La Salvación es el culmen de la Creación y la Creación es ya Salvación

Es pues en esta manera de entender la Salvación como hablamos del Silencio de Dios. Silencio que lo descubrimos desde nuestra propia experiencia. El silencio es una de las actitudes humanas más significativas. Puede significar muchas cosas a pesar de ser la misma realidad, en él, el contexto nos dirá su razón y finalidad. Está presente en todos los momentos de nuestra vida, si bien somos seres en comunicación, no tardamos en reconocer la importancia que el silencio tiene en nuestra vida. En la música, en el diálogo, en el amor, en el descanso, en el trabajo, en el aprendizaje, en todos los momentos de nuestra vida vemos importante el silencio y éste nos conecta con actitudes específicas que enriquecen el momento.

Es así que al hablar del silencio de Dios, lo hacemos en categorías no muy alejadas a las nuestras. Pero será importante descubrir el sentido del silencio en Dios, si en nosotros es muy diverso, en Dios tendrá su grado de dificultad en la medida en que su silencio toca nuestra existencia, lo más crudo de nuestra existencia. A nosotros el silencio de Dios nos suena a sufrimiento, trae a nuestra memoria la desolación y el abandono. No es raro que en una conversación que traiga a colación nuestro tema, salga a relucir la Shoah, el drama de los inocentes, el sufrimiento de los pequeños.

No intenta ser esta disertación una justificación al sufrimiento de los inocentes, manteniendo el respeto a ellas pero sin caer en la complicidad de silencio frente al mal queremos hacer justicia a su dolor y al rostro de Dios afectado por el mismo sufrimiento humano. No queremos responder a los ajusticiados¹ sino rescatar el testimonio de su vida en la experiencia cristiana, en la experiencia del Dios de la Historia que no lleva sólo nuestras alegrías sino también nuestras desventuras, la del Siervo Doliente que muere en nombre de una multitud.

Por eso, hablar ahora del Silencio de Dios será para nosotros una tarea de humanidad, en la actitud divina queremos encontrarnos, como confrontados, impelidos

¹ Cf. Greshake Gisbert, *¿Por qué el Dios del Amor permite que suframos?*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2008, pp. 24-25

a humanidad. Parafraseando a Dostoievski, decimos que sólo en la *muerte* de Dios somos *libres*, pues en su silencio podemos empezar *nuestra fiesta*. Nuestros pueblos han entendido, de mala manera, esta afirmación el viernes santo. Nosotros diremos que la aparente ausencia, causada por la muerte de Dios, por su silencio mejor dicho, da paso a nuestra, nuestra propia existencia. Si al morir Dios, se mueren nuestras prohibiciones, al callar permite nuestros deseos, y qué deseo más grande en el ser humano que llegar a ser.

Estas consideraciones aclaran bien la orientación de la siguiente reflexión. Hablamos de la propuesta de salvación del cristianismo, hacemos énfasis en *propuesta* y ahí encontramos el silencio.

Salvación y silencio parecería contrarios ya que no puede haber la primera sino hay la comunicación que el silencio oculta. Es entonces en la *propuesta*, como acto de proponer, que los elementos de nuestra pregunta cobran sentido. Y es en la experiencia de finitud que estos mismos elementos cobran importancia para nosotros. Es el silencio necesario en la propuesta, y más si hablamos de la salvación, ésta exige ser presentada no exigida.

Hemos dicho que queremos encontrarnos en el silencio de Dios, frente a él. Pues toda búsqueda de nosotros mismos no será siempre placentera en los resultados, sobre todo si ante Dios nos analizamos. El silencio de Dios hará más evidentes nuestros silencios. Silencios por los que como Iglesia debemos responder. Llamada a alumbrar el mundo con el Evangelio, la Iglesia deber iluminar el rostro de Dios para quitar las máscaras que le hemos puesto haciéndolo irreconocible por el mundo de hoy, inaceptable por algunos amantes de humanidad. Analizar entonces el Silencio de Dios nos llevará a reencontrarnos y reencontrar a Dios.

La secuencia de los capítulos tiene para nosotros una doble justificación. Empezamos por la Creación reconociendo la salvación no como un pincelazo de último momento, sino como el Plan Divino que enmarca el accionar de Dios, de ahí que no podamos hablar de salvación sin regresar a la Creación. Y queremos resaltar el paso de Dios al hombre en la historia de la Salvación a través del silencio de Dios que permite al ser humano la decisión y la libertad.

1. SIN SILENCIO NO HAY CREACIÓN

El silencio de Dios existe, y todo creyente, en algún momento de su vida se encuentra con él, ya sea para negarlo o reafirmarlo en su propia experiencia. Este encuentro con su silencio será decisivo al dar una palabra sobre Dios. Lo que digamos sobre Dios a partir de su silencio determinará no pocas veces lo que creemos o dejamos de creer. El problema aquí se da en las víctimas de esta comprensión resultante, la imagen de Dios y del hombre se difuminan, y se abren a comprensiones diversas que, sin considerarlas negativas, nos permiten entrar en el camino de purificación de la fe.

Así encontramos el silencio de Dios descrito en Torres Queiruga:

... el silencio de Dios, no es tal silencio sino únicamente palabra que, poniendo en juego toda la disponibilidad de su amor y toda la fuerza de su poder, consigue llegar hasta nosotros. Si hay silencio, éste radica, no en el callar de Dios, sino en la sordera estructural de la creatura².

Para Torres Queiruga el silencio de Dios aparece como un “desentenderse” que no va de acuerdo con la concepción cristiana de Dios. No puede aceptar que Aquel que *se hace palabra para traducirse en nuestra carne, para hacer accesible lo inaccesible* se calle, que Quien hizo todo cuanto pudo para acercarse al hombre, ahora no quiera comunicarse con él³. No puede aceptar eso, y podemos decir que quien se acerque al Evangelio tendrá la misma impresión. Vemos a Jesús que frente al problema del mal tiene una posición clara de enfrentamiento, no calla sino que ataca el mal, para dar vida a la persona, comprometiéndose con el hombre. En este sentido, aceptar el silencio de Dios sería aceptar que Dios ha abandonado a su creación, que algo malo ha pasado en

² Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Salvación*, Editorial SAL TERRAE, Santander, Segunda Edición, p. 151

³ Cf. Ibid. p. 148-152

Dios para que ahora se contradiga. De ahí que, “salvando a Dios”, y siendo consecuente con su reflexión, Torres Queiruga ubica este *silencio* del lado de la creatura impotente al momento de encontrarse con su Creador (Cf. Ex 33,20).

Valorando la reflexión del autor gallego, nosotros afirmamos el silencio de Dios no como sordera humana sino como decisión libre de Dios⁴. No estamos radicalmente en contra de su posición sino que tenemos una imagen distinta del silencio de Dios. El silencio no siempre es negativo, en la experiencia humana notamos que el silencio no es solo para cortar la comunicación. Hay otro tipo de silencio, hay un silencio meditativo, otro contemplativo, también uno reflexivo, que no involucran alejarse absolutamente sino detenerse para luego retomar o *dejar ser*. No podemos afirmar el silencio de Dios como un desligarse, pero hablamos de él como un respetar amoroso del Creador que deja que su creación *sea*. Es ese el sentido claro del descanso de Dios, en el que se “regresa en sí mismo” después de haber dedicado *seis días* a “darse por completo” a su obra creadora. Es en ese momento donde la Creación puede realmente ser. No en la ausencia negadora de Dios sino como un *dejar ser*:

*Si uno quiere de veras reflexionar sobre la omnipotencia, verá que es necesario que ella implique, al mismo tiempo, el poder de retirarse, a fin de que la criatura pueda ser independiente y mostrándose así todopoderoso. (Søren Kierkegaard)*⁵

El silencio de Dios no niega su ser sino que lo reafirma, negarlo, pudiera pensarse que no fuera determinante en el quehacer teológico pero para nosotros se vuelve importante por la articulación que otorga al accionar divino en lo que llamaremos a continuación como el Plan Único de Dios. Concepto en el que queremos reunir Creación y Salvación que a partir del Silencio determina nuestra relación con Dios y la manera cómo lo vemos.

⁴ Torres Queiruga descubre la contradicción en el Dios que se da a conocer y el silencio de Dios al punto de que la Revelación divina acaba con el silencio de Dios quitándole posibilidad de ser. Pero nosotros vemos mayor contradicción en seguir afirmando la imposibilidad (ontológica) humana de escuchar a Dios después de la encarnación que no solo acerca a Dios a nosotros al hacerse él mismo cercano, uno de nosotros, para que lo podamos ver (Cf. Jn 14,9) sino que al mismo tiempo eleva nuestra naturaleza y nos posibilita a escucharlo (Cf. Jn 15,15).

⁵ Kierkegaard, Søren, *Situations IX*, citado en B. Lévy, *Le nom de l'homme. Dialogue avec Sartre*, La Grasse 1984, pág. 171, citado por A. Gesché, *El Hombre* Ed. Sígueme, p. 86.

Ahora bien, hablamos del silencio de Dios en el contexto de la salvación y en este lugar en relación con la Creación. Es importante entonces encuadrar estos tres elementos: Silencio-Salvación-Creación.

Entendemos la salvación no simplemente como eliminación del pecado, sino como “vivir con Dios”, esto en la Iglesia lo empezamos a vivir con la participación en los sacramentos, que podemos decir que son actos de Cristo (Dios) realizados por su cuerpo que es la Iglesia y que nos dan la gracia, entendiendo gracia como este “vivir con” y “como” Dios. En este sentido podemos unir Salvación y Creación⁶.

Dios al crear permite que su creación sea salvada, cuando crea se compromete con ella, no da el ser a algo totalmente ajeno a sí mismo, al contrario, Dios crea y se queda en su creación⁷. La creación es ya una salvación, y la salvación es la culminación de la obra de creación. Encontramos un plan en la creación que nos permite afirmar esto, Dios no crea al hombre para que lo niegue, sino para vivir con él, nos crea y se hace a sí mismo compañero⁸, comparte el pan con nosotros. Así, en el proyecto divino, Dios nos crea para salvarnos, podemos afirmar nuestra idea recordando la pregunta sobre la necesidad de la encarnación del Verbo, si el hombre no hubiera pecado ¿ésta se hubiera dado? La respuesta para nosotros será sí porque la encarnación es la culminación de la creación, y todo esto lo podemos enmarcar en la economía de la salvación, lo que hemos llamado Plan Único de Dios.

Es pues este Dios entre la experiencia de silencio y la revelación cristiana al que queremos descubrir cercano y respetuoso de su obra.

1.1 El silencio completa la obra. Sábado fiesta de la creación

La creación pareciera ser una obra de seis días, es como si el séptimo día estuviera aparte de la creación, la aparente falta de acción nos lo hace pensar. Pero no es así, el sábado tiene mucha importancia dentro de la obra. Si bien es el día en el que Dios

⁶ En la Creación como en la Salvación, Dios nos comparte su vida no sólo al darnos-devolvernos la vida sino al permitirnos compartirla con la suya.

⁷ Cfr. Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1987. p. 25

⁸ Cf. Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Creación*, Sal Terrae, Santander, Tercera Edición, p. 100-102

deja de hacer, descansa, es el día en que la creación se completa, pues sin el cese del trabajo, la obra no se ha terminado⁹ podemos afirmar. Podemos poner el ejemplo de un fabricante de sillas que no culmina su trabajo hasta que pueda sentarse en una de ellas. Y en ese sentido debemos empezar a entender el sábado. No hablamos de una culminación en el simple cese del trabajo sino en el que el trabajo da sus frutos, si bien con la silla es que una persona se siente, la Creación, que si bien no es lo mismo que fabricación, queda, de igual manera, concluida cuando cumple su objetivo y éste es *ser*. El hacedor se aleja de su obra, deja de “manipularla”.

En ese sentido, el sábado es retirarse, el mismo retirarse del que hablábamos arriba con la ayuda de Kierkegaard, que permite a la creación *ser* sin la mirada intimidante de un fabricante que sigue dirigiendo su obra, sino la mirada amorosa, respetuosa, del Creador. Podemos regresar en este estudio al momento anterior al que nos estamos refiriendo, al acto mismo de crear para entender lo que estamos diciendo.

Nos encontramos así con el acto creador, el verbo crear, en hebreo *bara*, que se entiende: hacer y separar a la vez, en nuestro caso entendemos la creación de Dios como constituir algo distinto de sí mismo¹⁰. Cuando Dios crea, lo que hace es una *realidad queridamente otra*¹¹ separada de él y distinta a todo lo anterior. Descubrimos con ayuda de Isaac de Luria y el término cabalístico *zimzum* el movimiento de autocontracción divina con el que “hace sitio y abre espacio” para crear¹². En la interpretación de Gershom Scholem leemos “Sólo allí donde Dios se retira de sí a sí mismo, puede él producir algo que no sea la misma esencia y ser divinos”¹³. Llegamos con esto a descubrir que no es una decisión accidental en Dios la de apartarse de su creación. Radica en el mismo hecho de crear, en el modo en que crea, no podía ser de otra manera, ya que busca esta *realidad queridamente otra*, diremos en seguida, queridamente libre lo que hace ser a su obra Creación, no fabricación.

⁹ Cfr. Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1987, p. 287

¹⁰ Cf. A. Gesché, op.cit. p. 69

¹¹ Cf. Moltmann, Jürgen, ob.cit. pág. 287

¹² Cf. Moltmann, Jürgen, *La kenosis divina en la creación y la consumación del mundo*, en Polkinghorne, John (ed.) *La Obra del Amor, la creación como kénosis*, Ediciones Verbo Divino, Navarra, 2008, pp. 190-191

¹³ Scholem, Gershom, *Major Trend in Jewish Mysticism*, Nueva York, Schocken Books 1954, p. 117, citado por Moltmann, Jürgen, *La kenosis divina en la creación y la consumación del mundo*, en Polkinghorne, John (ed.) *La Obra del Amor, la creación como kénosis*

El sábado, entonces, se enmarca en este movimiento divino como punto culminante de la Creación en el tiempo, cuando Dios “se separa totalmente” de ella, es en ese día que se marca la “independencia” de la Creación¹⁴. Por lo tanto, silencio-apartarse no es negarse a su Creación, al contrario, es ahí que se da a conocer, se santifica y se bendice al mundo como creación¹⁵:

Concluyéronse, pues, el cielo y la tierra y todo su aparato, y dio por concluida Dios en el séptimo día la labor que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la labor que hiciera. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó; porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho. (Gn 2, 1-3)¹⁶

El descanso de Dios es regresar al ser después de haberlo volcado en su obra¹⁷ tiene esto ya una doble consecuencia, en Dios que regresa en sí pero no del mismo modo ya que ahora se ha “autodeterminado” a ser el Creador¹⁸ y la creación que habiendo pasado por la mano que la formó ya no está en creación sino que es Creación. Dios en este momento guarda silencio para que su obra se desarrolle, tome su propia figura¹⁹.

Pero no olvidemos que Dios guarda silencio ahora porque ya ha hablado suficientemente:

Dijo Dios: «Haya luz»...

Dijo Dios: «Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras.»...

Dijo Dios: «Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto, y déjese ver lo seco»...

Dijo Dios: «Produzca la tierra vegetación... (Gn 1, 3ss)

La diferencia entre Acto creador y Creación se da en el actuar de Dios y el no-actuar de Dios. No-actuar entendido desde el regreso de Dios en sí mismo, es necesario el cese del trabajo para que la obra se constituya y este cesar se da en términos de silencio. Dios que ha decidido ser Creador por la Palabra ahora calla su Palabra. De ahí

¹⁴ Renckens, H. s.j., *Así pensaba Israel, Creación Paraíso y Pecado Original*, Ediciones Guadarrama Madrid 1960 págs. 116-119

¹⁵ Cf. Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, p. 287

¹⁶ *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998

¹⁷ Cf. Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, p. 290

¹⁸ Cf. Moltmann, Jürgen, *La kenosis divina en la creación y la consumación del mundo*, en Polkinghorne, John (ed.) *La Obra del Amor*, pp. 189-190

¹⁹ Cf. Ídem

entendemos que sin el silencio, sin el tomar distancia de Dios, no hay Creación. Tendríamos solo acto creador. Pero el acto creador se posterga en la Creación. Lo que hemos dicho con la ayuda de Gn. 1,3 grafica esta postergación. Podemos decir que Dios calla su voz porque su voz (Palabra) está presente en su Creación. Dios mismo está presente en su Creación.

Recordemos que la creación es una obra trinitaria, del Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo (A Patre [ex Patre], per Filium, in Spiritu Sancto²⁰). Dios crea saliendo de sí, en el *libre desbordamiento de su amor*²¹, no se desentiende de su creación sino que se compromete con ella, se queda en ella. El Hijo, modelo de lo creado, asume lo creado para la redención²². El Espíritu anima toda la creación. Cuando Dios crea no hace algo totalmente ajeno a sí mismo, al contrario, Dios crea y se queda en su creación.²³

Podemos ver esto claramente desde el papel que juega el Espíritu en la creación. Que todo haya sido creado en el Espíritu, nos dice ya que el Espíritu es la garantía de la existencia de todo. La creación está sostenida por el Espíritu divino no solo como causa sino también como principio de unidad porque no desaparece ni se funde en la creación, al contrario, sigue conservándola, vivificándola y renovándola.²⁴

Hablamos entonces de creación no como algo acabado, porque de ser así, el accionar referido del Espíritu, no tendría sentido. La creación no está acabada sino que está en camino a su plena consumación. La naturaleza, referida a la gracia, está en camino a la gloria. Y aquí nos topamos con otra manifestación de la presencia de Dios en su creación. Dios está presente en su creación por lo que tiene preparado para ella al hablar del Reino de Dios, de la patria celestial que de ningún modo se debe entender como negación del mundo presente, sino como consumación de la creación, Dios habitando en su creación, que de alguna manera ya lo comenzamos a vivir y es esto lo que nos permite seguir esperando que Dios habite por completo su creación.²⁵

²⁰ Agustín de Hipona, *De Trinitate*, 1,6,12

²¹ Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1987, p. 29

²² Cfr. Ídem.

²³ Cfr. Ibíd. Pág. 25

²⁴ Cfr. Ibíd. Pág. 23

²⁵ Cfr. Ibíd. Pág. 18

El Espíritu es la presencia de Dios actuante en la creación, presencia que se hace necesaria para la integración de la misma. El Espíritu no se funde en la creación, no es absorbido por una criatura sino que las trasciende todas permitiendo la unidad en la creación. Unidad necesaria porque solo en ella se puede mantener la existencia, en la libre convivencia de Dios, la naturaleza y el hombre.²⁶

A lo dicho sobre el Espíritu podemos decir lo propio del Hijo. La presencia del Hijo en la Creación se da en un nivel similar a la del Espíritu Santo, pero entendamos la realidad propia del Hijo como el Logos y en ese sentido referimos ahora la presencia de Dios en la Creación. Y así podemos hablar de la Tierra, de la Creación, como la casa del Logos. Ya hemos dicho arriba que Dios se queda en su Creación, pero no se queda solamente como causa o principio de unidad, se queda viviendo en ella, por la creación y la encarnación, la Tierra es la casa de Dios, es la casa del Logos.

La Palabra fue pronunciada sobre todas las cosas para que vengan al *ser*, hay en toda la Creación un principio de la racionalidad de Dios, el Logos atraviesa la Creación y es por eso que se puede encarnar, no como una imposición de su presencia sino como un despliegue de su ser. Dios vive en su Creación.

Es importante también aclarar la presencia del Padre en la Creación. El Padre sigue presente en su Creación con su plan. La economía de la salvación nos dice la presencia del Padre en la Creación.

Esto último que hemos dicho es importante verlo en el sentido de nuestra reflexión. En el contexto del silencio de Dios hemos dicho que Dios está presente y no puede ser de otra manera. Ya lo dijimos arriba, el silencio de Dios no es desentenderse del mundo sino comprometerse y hasta ligar su suerte a la suerte de éste y su presencia confirma esto, presencia que no interfiere impositivamente en la Creación sino que es una presencia desde el silencio. El silencio que permite el ser.

²⁶ Cfr. Ibíd. Págs. 29-31

1.2. El silencio da paso al Hombre.-

Lo dicho hasta ahora sobre la Creación en general, bien podemos aplicarlo al Hombre, cumbre de la creación, el silencio de Dios permite que el Hombre conquiste su ser. No en vano el hombre vivificado con el *ruah* tiene la característica creadora de Dios, la palabra. Por lo que la conquista de su ser va ligado con su realidad de creado creador²⁷, ha recibido el encargo de continuar con la obra creadora:

Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo... (Gn 2,19-20)

Dios hace creador al Hombre y le ha dado la palabra, pero si el Creador sigue trabajando en su obra y no guarda silencio, la palabra humana no se escuchará ni la obra humana se verá con la fuerza que deberían. Así se da en el relato bíblico donde Dios pone frente al hombre a los animales y *espera* a que les ponga nombre. Dios también se somete, en cierta medida al hombre. Acerca del hecho de nombrar la Creación decimos que ese es el signo claro del lugar en el que pone Dios al hombre, que en el relato sacerdotal está dado en la creación del hombre a su *imagen y semejanza* con el poder de mandar y someter:

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios con estas palabras: «Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que reptas sobre la tierra.» (Gn 1, 27-28)

Entonces Dios crea al hombre como creador, creador respecto a la Creación pero también creador respecto a sí mismo. Y esto nos revela la grandeza de Dios que es capaz de crear a un ser que se inventa a sí mismo: “Dios ha creado al hombre lo menos posible” (Blanc de Saint-Bonnet)²⁸. El hombre se construye a sí mismo, lo grita el mundo contemporáneo, y aunque entendemos que no lo puede hacer en oposición a Dios, necesita cierto tomar distancia para poder hacerlo. Y tenemos esto aclarado por el

²⁷ Cf. A. Gesché, op.cit. p. 57-93

²⁸ Citado por A. Gesché, op.cit. p. 83

principio de libertad presente en el hombre que está tras la realidad de ser creados *creadores* ya que sin ella, esto no sería posible.

Nuestra idea se enfrenta ahora a la concepción de libertad vista como independencia absoluta, pareciera que lo que hoy en día dice influencia es entendido no pocas veces como ofensa a la libertad y autonomía. Es así como preguntamos, si Dios nos crea creadores y para cumplir con nuestra tarea no debemos alejarnos de él ¿podemos decirnos libres? Pudiéramos pensar que “si Dios no existiese, todo estaría permitido” (Dostoievsky)²⁹. Seguir viendo a Dios como contrario del hombre, como su negación. O como los griegos lo veían: un ser divino celoso de los hombres que hace todo porque éstos sufran. Al punto de que la libertad consistía en la prenda conseguida luego de una lucha con la divinidad, arrancada de sus manos, como el fuego de Prometeo³⁰.

Pero es necesario reconocer que, en el cristianismo, la libertad es ante todo un don³¹. La conquista para nosotros no está en conseguir la libertad sino en el vivir el don conseguido para nosotros en la Creación y luego arrebatada del pecado por Cristo. Nosotros no hemos conquistado nuestra libertad sino que la hemos recibido de Dios desde el momento de la creación. Hay en la creación un principio de libertad, no de necesidad como veían los griegos. En la conciencia griega existía ya desde el comienzo la materia informe (chora) que *necesitaba* tomar forma, la creación para ellos era dar forma a esto preexistente que *necesitaba* forma.

En cambio para los cristianos, al igual que para los judíos, la creación *ex nihilo* no se da por necesidad, ya que la materia informe no es preexistente, sino que Dios la crea de la nada y la va organizando³². Por eso, *crear* (hacer y separar) nos habla de una intención en la creación³³.

La creación no es para nosotros algo necesario, sino que es intencional, Dios quiso crear algo distinto a él, no se expande y desdobla sino que crea *sujetos libres*,

²⁹ Cf. A. Gesché, op.cit. p. 83

³⁰ Cf. Ibíd. págs. 63-91

³¹ Cf. Ibíd. págs. 63-65. 85

³² Cf. Ibíd. págs. 55-57

³³ Cf. Ibíd. págs. 68-70

porque la libertad es el principio de su creación, no la necesidad y la fatalidad griegas. Entonces, la creación, por este principio de libertad³⁴, no es una constante repetición de leyes, donde nunca encontraremos nada nuevo, sino que al contrario, la creación es un hacerse constantemente, en libertad³⁵.

Esta libertad al principio de la creación, es confiada de manera muy particular al hombre³⁶. Nótese que decimos que le es confiada de manera particular, no exclusiva, ni ajena a la creación toda que espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios (Cf. Rm 8,19). El hombre no es ajeno a este mundo, no es un nómada incomprensible³⁷, ni un ser para la nada, ni un fallo de fábrica. Sino que en la creación toda, se enraíza su libertad, es la creación la que le da seguridad ontológica³⁸.

De ahí volvemos a afirmar que el Hombre ha sido creado creador, no ha sido creado simplemente para estar abandonado en el mundo sino para ser creador. El hombre tiene la misión de culminar el anhelo de la creación entera (Cf. Rm 8,19). Es ahí donde encontramos la definición más acertada a nuestro criterio, de la libertad. Libertad que no se agota en la capacidad de elegir, sino que es el derecho ontológico de asumir personalmente el propio destino de manera responsable³⁹. Dios no nos arrebató la libertad sino que nos la garantiza, nos la anuncia. Aceptar a Dios es aceptar que a pesar de su presencia, el hombre tiene el derecho y el poder de decisión y de libertad, porque es capaz de rendir cuentas. Esto gracias a la presencia de un tercero, de este “cara a cara”⁴⁰ con Dios.

El hombre debe ejercer su libertad sobre la creación porque ha sido hecho causa, Dios crea la creación, en el hombre. Y vemos claramente aquí la libertad del hombre ya que no está en sus manos solo el descubrir lo que le ha dejado Dios entre las piedras sino que tiene que crear. Creación que responderá a un deseo, como el deseo. Claro ejemplo vemos en la procreación del hombre y la mujer (nótese el término *procrear*). Para concebir, no es necesario el simple hecho físico que lleva a la unión del

³⁴ Cf. Ibíd. pág. 72

³⁵ Cf. Ibíd. págs. 75-80

³⁶ Cf. Ibíd. págs. 72

³⁷ Cf. Ibíd. pág. 72

³⁸ Cf. Ibíd. pág. 65

³⁹ Cf. Ídem

⁴⁰ Cf. Ídem

espermatozoide con el óvulo, sino que hay un deseo de por medio. Y no surge de allí otro Adán u otra Eva sino que surge un hombre. Un hombre que es imagen y semejanza de Dios⁴¹.

Al aceptar esto, aceptamos también el papel protagónico del hombre en la creación y podemos entender de otra manera el “*hagamos*” del Génesis o el demiurgo de Platón⁴².

Con respecto así mismo, el hombre es creador porque va haciéndose. El hombre tiene que ratificar su ser. Claro está que no iniciamos nuestra esencia, sino que se nos es dada, pero estamos llamados a realizarla⁴³.

Y con respecto a Dios, nuestro ser creadores está ejemplificado en su nombre YHWH, escrito solo en consonantes, permitiéndonos la posibilidad de poner las vocales, de nombrarlo o de simplemente ignorarlo. Y que mayor prueba de libertad queremos si Dios nos ha hecho capaces de negarlo o de aceptarlo⁴⁴. No es obligada su presencia para nosotros, y en la posibilidad de ésta lo descubrimos proponiéndose desde el silencio ontológico que hace accesible-elegible su presencia.

La libertad no es, pues, anulada por la presencia de Dios, sino garantizada y anunciada por Él ya que Él mismo nos la ha dado.

Tenemos aquí unas ideas claras al respecto de la libertad que si bien es don de Dios, es necesario que él guarde silencio para que ésta sea plena. La continuación de la obra creadora encomendada por Dios al hombre se debe manejar en los principios empleados por Él: en libertad y por su voluntad, y antes de decir que la voluntad y libertad de Dios no se contraponen a las del Hombre, diremos aquí que Dios decide dejar todo en manos del Hombre, decide guardar silencio para que la creación sea en el hacerse desde ella misma.

⁴¹ Cf. Ibíd. págs. 75-80

⁴² Cf. Ibíd. págs. 87-88

⁴³ Cf. Ibíd. págs. 81-84

⁴⁴ Cf. Ibíd. págs. 85-87

En este sentido podríamos decir que Dostoievsky llevaba algo de razón aunque su expresión no fue la más acertada. Ontológicamente Dios es inconmensurablemente superior al hombre y se impone a él; ante Dios no habría otra posibilidad que acatar, de ahí que el silencio de Dios en este punto se nos dice en clave de respeto.

Es necesario aclarar esta idea con el hecho de que Dios crea por amor⁴⁵ y es en ese amor que nos da la libertad, no nos la da para que cumplamos lo que él quiere porque eso sería decir que Dios nos quiere cuando cumplimos la obra por Él encomendada (lo que implicaría que al no hacerlo perderíamos su amor), al contrario el eje de todo es el amor que mueve a Dios a crear. Crea por amor, porque nos ama nos da libertad y por que nos ama pone en nuestras manos su creación. Porque nos ama guarda silencio, esta idea será aclarada más adelante pero la adelantamos aquí para evitar desviaciones infructuosas en lo dicho.

1.3 El silencio llama a la memoria de la Creación.

Hablando del sábado hemos dicho que Dios guarda silencio porque ya ha hablado suficiente mientras creaba y es verdad, pero frente al silencio de Dios ¿qué se puede hacer? Y en este punto de la reflexión, ya más delineada, nos preguntamos ¿qué hace el hombre?

Nuestra respuesta será clara, al hombre ahora le toca *hacer memoria*. Traer al presente la Palabra que ha sido pronunciada sobre él, la Palabra que se le ha dirigido. Y aquí vemos la importancia del silencio de Dios ya en otro nivel. No se puede recordar lo que sigue presente porque no es necesario. No se trae a la memoria algo que está objetivamente presente; por lo tanto, el silencio de Dios nos dice algo no solo de Dios sino también del hombre en relación con Dios. Y si en el apartado anterior hemos hablado de la libertad, será este el momento donde la libertad alcance su hora. La libertad guiada por el recuerdo de la Palabra jugará un papel importante.

Leamos el relato del primer pecado en el libro del Génesis cuyas consideraciones nos ayudarán para entender lo tratado aquí.

⁴⁵ Cf. Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Creación*, Págs. 71-108

La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahveh Dios había hecho. Y dijo a la mujer: «¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?»

Respondió la mujer a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte. »

Replicó la serpiente a la mujer: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.»

Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió. (Gn 3, 1-6)

El relato de la caída se desarrolla en un aparente abandono de Dios, en su ausencia. Pero no es así, “Es a un Dios presente que el hombre desobedece formalmente”⁴⁶. Dios no está ausente cuando sucede la caída, está presente en su Palabra, o mejor dicho en la memoria de la mujer que dice: *Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.*

Aquí es claro que Dios se aparta de su Creación, guarda silencio. Y ese silencio, en primer lugar le permite al hombre y a la mujer ser, y ser hasta en contra de Dios. En segundo lugar, el silencio de Dios permite que se dé el recuerdo, el hacer memoria que hace presente a Dios en el mundo. San Pablo dice “donde no hay ley, no hay transgresión” (Rm 4,15) y en este sentido podemos entender que la gravedad del pecado es que sabiendo lo dicho por Dios, el hombre y la mujer lo desobedecen. Es en el recuerdo silenciado donde radica el problema. Tenemos el *recuerdo* de Dios, Dios que se ha manifestado en su Palabra, a través de su palabra ingresa en la realidad actual del hombre pero lo silenciamos, lo apartamos y ahí entra el pecado, caemos en el error.

Hagamos la diferencia necesaria en lo dicho. Si bien Dios guarda silencio, sigue presente, tenemos que hacerlo presente con el *recuerdo*. En el pecado original Dios estaba presente, porque al darse a través de la palabra pronunciada es en el *recuerdo* donde perpetúa su presencia, y es en el recuerdo de Eva que se hace presente. En el episodio del becerro de oro (Cf. Ex 32) si bien no hay quien recuerde al pueblo que

⁴⁶ Maldamé, Jean-Michel, o.p., *Pecado original, pecado de Adán y pecado del mundo*, pág. 13

Yahvé les sacó de Egipto no el ídolo que acababan de construir, es ahí mismo donde radica el problema. El ídolo es consecuencia del recuerdo silenciado. La presencia de Dios es anulada por el ídolo, el pueblo de Dios ha apartado a su Dios y eso despierta su ira. Y tal vez este es el peor error del pueblo de Israel, olvidarse de Dios, de lo que Él ha hecho por ellos. Al respecto leamos lo que la Biblia de Jerusalén ha llamado *Promesa de la Alianza*:

Moisés subió hacia Dios. Yahvé lo llamó desde el monte, y le dijo: «Habla así a la casa de Jacob y anuncia esto a los hijos de Israel: "Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa." Estas son las palabras que has de decir a los israelitas.» Moisés fue y convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todas estas palabras que Yahvé le había mandado. Todo el pueblo a una respondió: «Haremos todo cuanto ha dicho Yahvé.» Moisés transmitió a Yahvé las palabras del pueblo. (Ex 32,3-8)

En esta promesa de la Alianza podemos notar un esquema simple:

1. Dios envía a Moisés a hablar al pueblo.
2. Palabras que tendrá que decir Moisés al pueblo.
 - a. Recuerdo de la liberación de la esclavitud en Egipto
 - b. Condición que tendrá que cumplir el pueblo: obedecer y guardar la alianza.
 - c. Promesa de Dios: *seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos... un reino de sacerdotes y una nación santa.*
3. Respuesta de los ancianos del pueblo.
4. Moisés regresa donde Dios a llevarle la respuesta.

Es en el segundo punto donde ponemos nuestra atención, no es casualidad que antes de entablar las condiciones de la Alianza se cite el *Recuerdo de la liberación de la esclavitud de Egipto*, éste es necesario para que se dé la Alianza, de él parte y él será garantía de su cumplimiento:

Escucha, Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se **las repetirás** a tus hijos, les **hablarás de ellas** tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas. (Dt 6, 4-8)

Entonces, si el recuerdo es la garantía de la Alianza, el olvido marca los errores del pueblo, sus infidelidades. En la fiesta de las Tiendas en que el pueblo conmemoraba la estancia en el desierto y la Ley recibida por Moisés en el Sinaí (Cf. Dt 16, 9-17), se repetía el Salmo 81 (80):

«Yo liberé sus hombros de la carga,
sus manos la espuerta abandonaron;
en la aflicción gritaste y te salvé.
Te respondí oculto en el trueno,
te probé en las aguas de Meribá.
Escucha, pueblo mío, te conjuro,
¡ojalá me escucharas, Israel!

No tendrás un dios extranjero,
no adorarás a un dios extraño.
Yo, Yahvé, tu Dios,
que te saqué del país de Egipto;
abre toda tu boca, y yo la llenaré.

Pero mi pueblo no me escuchó,
Israel no me obedeció;
los abandoné a su corazón obstinado,
para que caminaran según sus caprichos.

¡Ojalá me escuchara mi pueblo,
e Israel siguiera mis caminos,
abatiría al punto a sus enemigos,
contra sus adversarios volvería mi mano!

Los que odian a Yahvé lo adularían,
y su suerte quedaría fijada;
lo sustentaría con la flor de trigo,
lo saciaría con miel de la peña.»

Lo que el salmista “hace decir a Dios”⁴⁷ en este himno nos recuerda el punto donde el pueblo se extravía: *Ojalá me escuchara mi pueblo, e Israel siguiera mis caminos*. Dios se lamenta de que su pueblo no le escuche y podemos preguntarnos

⁴⁷ Este *hace decir* grafica lo que vamos diciendo. Curioso aceptar que se pongan palabras en la boca de Dios y más aún que un pueblo tan celoso con lo divino lo aceptara. Ciertamente esto queda immortalizado como palabra divina no sólo por la aceptación popular sino ante todo porque el Pueblo que ha compartido con su Dios el camino del desierto reconoce en estas palabras la voz de Dios. Su memoria reconoce la voz de Dios con el ¡Amén! ¡Amén! (Ne 8)

dónde debe escuchar el pueblo a Dios y en el mismo salmo encontramos la respuesta cuando dice: *Yo liberé sus hombros de la carga, sus manos la espuerta abandonaron; en la aflicción gritaste y te salvé. Te respondí oculto en el trueno, te probé en las aguas de Meribá. Escucha, pueblo mío, te conjuro, ¡ojalá me escucharas, Israel!* En los verbos de este extracto podemos advertir que el pueblo debe escuchar a Dios en el recuerdo. Es el recuerdo el que perpetúa la palabra, y la palabra es la que perpetúa a Dios en el pueblo.

El recuerdo es importante para el pueblo de Israel, pero este hacer memoria no debe entenderse como un simple recordar que pasó algo, el *hacer memoria* supera el recuerdo conceptual y actualiza la realidad a la que se refiere el recuerdo, la mantiene en el ahora⁴⁸. Es el sentido existencial lo que se quiere rescatar sin olvidar el conceptual se debe hacer el paso del recuerdo, como ejercicio de la memoria, al memorial, como ejercicio de la trascendencia y voluntad del hombre. Trascendencia, ya que el recuerdo abre a la persona poniéndole frente a su pasado y proyectándole a su futuro como respuesta. Voluntad, porque la respuesta que dará el hombre a este memorial está determinada por el comprometerse.

El memorial cobra este sentido en la vida del hombre porque el evento a traerse a la memoria no es un hecho meramente humano sino que, en éste, Dios se ha manifestado. Y en la lógica que seguimos en nuestra reflexión podemos decir que Dios que ha hecho todo con la Palabra, que se ha manifestado a su pueblo con la Palabra y que ahora guarda silencio para que el hombre se ponga al frente de la Creación no se aleja ni se desentiende sino que se queda presente en el recuerdo del hombre constituyendo al hombre en presencia suya. De ahí que el silencio de Dios no significa el fin de la existencia, sino su perpetuación porque no se va el *ser* sino que es entregado por completo a quienes *son*. El que Es guarda silencio porque el *ser* está ahora en lo que ha permitido que sea, el *ser* se conserva en el hombre. No es Dios quien tiene que hablar sino el hombre y ahí está la grandeza de su obra que no podemos concluir que se ha terminado. La Creación no es una obra acabada, el plan de Dios no concluye aún por eso decimos con San Pablo “la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rm 8, 22).

⁴⁸ Cf. Metz, Johann Baptist, *Memoria Passionis*, Sal Térrea, Santander 2007. Págs. 46-75

La Creación sigue obrándose y al frente de ella estamos nosotros, el Plan de Dios está gestándose y los responsables somos nosotros, no podemos separar la Creación de la Salvación, la Creación es ya Salvación, hemos dicho. La Salvación es el siguiente paso del único Plan de Dios, del mismo que la Creación fue el primero, por eso ahora avanzamos a la concreción de nuestra Salvación en Cristo Jesús.

2. SIN SILENCIO NO HAY SALVACIÓN

La Salvación nos ocupa ahora. Y Salvación en términos de Silencio. Pero tenemos aquí dos elementos contradictorios que hacen rechazable el título de este capítulo como lo dijimos ya al inicio del primero. Pero queremos salvar la razón de éste al decir que la Salvación se nos otorga en términos de silencio. O mejor dicho de diálogo. El diálogo necesita del silencio para superar el monólogo, es necesario que el emisor, en el sistema comunicativo, guarde silencio para que el preceptor asuma el mensaje y pueda responder. Es ese silencio el que vamos a abordar dando el siguiente paso en el Plan de Dios.

La Creación tiene su autor claramente distinguido: el Padre. La Salvación tiene el suyo propio: el Hijo. Pero así como el papel del Padre no anula el del Hijo en la Creación, tanto así que es él el modelo de la misma y que al venir al mundo toma posesión de su casa (cf. Jn 1,1-14), el papel del Padre no se anula en la Salvación por la acción predominante del Hijo que es quien realiza esta obra⁴⁹.

La presencia de la Trinidad es detectable en lo que hemos considerado el Plan de Dios, pero mantenemos que esta presencia se desarrolla en etapas de manifestación y silencio; Dios habla para crear, pero calla para que su Creación sea, Dios crea al Hombre pero se aleja para que éste sea, Dios calla pero no desaparece, su presencia se manifiesta en el recuerdo. Lo propio encontramos en lo que se refiere a la Salvación. El Silencio permite que lo que se ha hecho sea realmente en sí mismo y ese es el sentido que ahora encontramos en lo referente a la Salvación.

⁴⁹ No hacemos referencia al Espíritu Santo aquí porque le dedicaremos un espacio más amplio a continuación.

La Salvación si bien es obra de Cristo, no se puntualiza solo en su accionar, necesita de la respuesta del hombre. El hombre que se descubre necesitado de salvación, se da cuenta que por sí solo no la puede conseguir. Pero a la vez entendemos como dice San Agustín: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”⁵⁰. El hombre es necesario para la salvación ya que si ésta fuera fruto del accionar individual de Dios no fuera verdadera salvación. Entonces podemos hablar de cooperación en la empresa de la salvación entre Dios y el Hombre. Cooperación que se da de manera plena en Jesucristo, a quién reconocemos como verdadero Dios y verdadero Hombre⁵¹. En su esencia encarnada encontramos nuestra salvación, en su vida la encontramos concretizada. En la encarnación del Verbo se da la cooperación de naturalezas para la salvación y en la vida de Jesús es la salvación realizada como lo reconocen los Evangelios al reconocerlo como la salvación misma (cf. Lc 19, 1-10). Pero esta salvación conseguida en el acontecimiento histórico de Jesús de Nazareth no se queda cerrada en el pasado sino que se actualiza todavía.

De esto vamos a hablar, de la salvación como propuesta de Jesús, como propuesta del cristianismo que de ser aceptada se concretizará en la cooperación de Dios y el hombre, en un vivir juntos. Eso es lo que referimos al decir salvación, no simplemente eliminación de pecado sino Vida, vivir plenamente y ese vivir plenamente que el hombre busca lo encontramos en Dios, en la salvación que nos otorga vivir con Dios y como Dios en Cristo.

Ahora bien, esta propuesta la recibimos a través del Evangelio como un desarrollo del plan de Dios en la Historia, la salvación es una lucha-conquista y en ella está presente el Silencio de Dios, tanto en el desarrollo como en la vivencia de la salvación. Por eso seguiremos esta ordenación temporal para reflexionar sobre el silencio de Dios en la Salvación

⁵⁰ Agustín de Hipona, Sermón 169,11,13

⁵¹ Cf. Sesboüé, Bernard y Joseph Wolinski, *El Dios de la Salvación*, en Sesboüé, Bernard, *Historia de los Dogmas*, págs. 319-321.

2.1. La kénosis de Dios.-

Si vamos a hablar de la salvación conseguida en Cristo, necesitamos empezar en la carta de San Pablo a los Filipenses donde leemos:

El cual [Cristo], siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. (Flp 2,6-8)

Hay tres movimientos que se describen en este himno: se despojó a sí mismo; asumiendo la condición humana y apareciendo como hombre; y se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte. Analicemos estos tres momentos:

a. Nos llama la atención la frase: *se despojó de sí mismo*, la cita al pie de página de la Biblia de Jerusalén nos recuerda el término clásico *kénosis*, el vaciamiento de Dios. La kénosis divina se nos presenta en relación a dos momentos claves de la vida de Jesús y para nuestra salvación: la Encarnación y la Crucifixión. Dos momentos que se encuentran ligados profundamente no solo por ser momentos de la vida de Cristo sino también por lo que significan para su ser.

Hay que reconocer, sin embargo, la importancia que la encarnación y la pasión tienen en sí mismos, sin que esto afecte a su unidad. La encarnación es importante en cuanto tal, no cobra su importancia en la cruz, en el sentido en que el Hijo se haya encarnado es ya salvación porque si Dios se ha hecho hombre, el hombre puede llegar a Dios. No podemos negar la cruz en la Historia de la salvación pero hay que reconocer que ella si bien el acontecimiento pascual ilumina toda la existencia de Jesús, no es sano afirmar que Jesús vino al mundo a morir.

La muerte de Jesús es el resultado de su vida, de su predicación, pero no se puede afirmar sin más que la venida de Dios tenga como objetivo la muerte, aunque ésta implique la resurrección. No se debe afirmar sin más que “la encarnación tuvo lugar

para la redención de la humanidad en la cruz”⁵² principio teológico en que concuerda la Tradición de Oriente y Occidente⁵³.

Entiéndase bien lo que queremos decir aquí. Si bien los padres orientales enmarcan toda la economía de la salvación en la cruz, esto se debe a que manejan la idea de redención, categoría donde se pone el énfasis en lo costosa que resulta e la lógica de la salvación, al reclamar como pago la muerte en la cruz. Cosa que no queremos negar. Nuestra intención es ver más allá la salvación, no concentrarnos en el combate que nos la consigue, sino en lo que la hace posible poniendo especial atención en lo que nos consigue: la revelación de la vida plena. En este punto entonces, estamos en desacuerdo. Y queremos encontrar el sentido de la encarnación, no al margen de la cruz, pero sí viéndola como el hecho inaugural, del vaciamiento de Dios, el don de sí, que en este primer momento lo asociamos al silencio.

b. La encarnación como el primer momento de la kénosis nos dice ya el silencio de Dios. De lo que se vacía Cristo para entrar a este mundo es su condición divina, se rebaja a sí mismo, renuncia a su gloria y omnipotencia para hacerse uno de nosotros. El que es Todo decide hacerse humilde, el origen de todo se hace originado y así entendemos el primer silencio de Dios, Dios calla su omnipotencia, su condición divina para hacerse hombre, seguramente eso es lo que hace posible como dice San Juan “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella [la Palabra], y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.” (Jn 1,10-11)

La vida de Jesús empieza en el silencio de la noche de Belén y se desarrollará en ese mismo silencio en Nazareth. Es interesante leer al respecto, o mejor dicho no tener nada para leer en los Evangelios acerca de los años de juventud de Jesús, tanto así que tenemos un vacío temporal en la narración. Jesús empieza su misión desde el anonimato, lo que se tiene de él son referencias al oficio de su padre y algo de su madre pero no más⁵⁴.

⁵² Balthasar, Hans Urs Von, *Teología de los tres días*, Ediciones Encuentro, Madrid 2000, p. 20

⁵³ Cf. Ídem.

⁵⁴ Cf. Rey, Bernard, *La Discreción de Dios*, Colección Alcance-Editorial Sal Terrae, Santander 1999, p. 48-55

El silencio en este primer momento nos dice “kénosis” y “anonimato”. Kénosis que afecta la esencia del Hijo que como lo describe San Juan, es la Palabra de Dios (Cf. Jn 1,1-18), pues la kénosis es aquí silenciamiento del que es Palabra en esencia, del que es comunicación. Es verdad que “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos” (Hb 1,1-2) Pero es indudable que este hablar por medio del Hijo se desarrolla en el silencio. Dios se deja afectar por su decisión, se deja afectar por nosotros, movido por el amor, Dios no solo se hace vulnerable al asumir nuestra naturaleza sino que también afecta lo íntimo de su ser⁵⁵.

Nuevamente lo diremos, un silencio que no nos dice ausencia, ni desinterés sino que nos dice discreción y respeto a la libre elección del hombre. Podríamos pensar en la encarnación no en términos de kénosis sino de epifanía simplemente. Sería casi imposible disentir de reconocer a Jesús como Señor, no habría la posibilidad de negarse. Si el Hijo hubiera venido en toda su gloria y majestad, escogiendo no Belén sino un palacio de corte imperial, no tendríamos la posibilidad de optar por él. La kénosis, el silencio en su entrar en este mundo es necesario para la libre aceptación que garantiza que sigamos hablando de salvación, propiamente dicha.

Entendamos bien lo del silencio en este momento. El silencio en Cristo, no es el guardar un secreto, sino que como hemos dicho este silencio compromete su ser. Al respecto podríamos preguntarnos sobre la conciencia de ser Dios que tenía Cristo, ¿sabía que era Dios? la respuesta no puede ser afirmativa sin más, necesita la explicación de la toma de conciencia de Cristo⁵⁶. Al hacerse hombre y asumir nuestra naturaleza, asume también nuestras limitaciones y una de ellas es la conciencia de sí mismo, que nadie la tiene dada sino que la conquista en el tiempo.

No se puede dudar del desarrollo de la conciencia de Jesús, puesto que en toda conciencia humana se da un desarrollo. La conciencia humana de Jesús no podría sustraerse a esta ley fundamental. El hecho excepcional de ser

⁵⁵ Cf. Boff, Leonardo, *Pasión de Cristo-Pasión del Mundo*, Editorial Sal Terrae, Santander 1980, pp. 237-246

⁵⁶ Cf. Galot, J. *La conciencia de Jesús*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1973, pp. 209-240

conciencia de un yo divino no la priva de la consistencia psicológica de una conciencia humana.⁵⁷

Jesús no fingía ser hombre, en realidad se hizo hombre y como tal es respetado por el Padre. El silencio de Dios no es solo de Cristo para con nosotros (entendido rectamente como silencio en su existencia) sino también del Padre con él.

c. La kénosis nos refiere también a la cruz como su punto máximo. En el primer momento, el vaciamiento fue necesario para salvaguardar la misión del Hijo y la libertad de elección de los hombres. En un segundo momento, el vaciamiento puede cobrar otro sentido, tal vez más significativo. Dios se vacía haciéndose don, dándose a los demás. Si bien sus inicios se dan en el silencio y en el anonimato de ciudades que poca relevancia tenían, sale a los caminos a anunciar la Buena Nueva, haciendo milagros y hablando con autoridad. Rompe el silencio para dar a conocer el rostro del Padre. Así podemos ver un vaciamiento positivo, Dios se vacía para llenar el mundo. Y como consecuencia de estos dos momentos tenemos el tercero, la cruz, el punto máximo del vaciamiento por amor⁵⁸.

Así como Dios se dedica seis días completos a crear, por medio de su Palabra, a pronunciar su creación y el séptimo calla y regresa en sí para que su obra sea, Jesús se dedica alrededor de tres años a recorrer la región anunciando el Reino, hablando y obrando milagros, haciendo presente el Año de Gracia, y llegada la hora guarda silencio, calla para que se complete su obra y en la cruz, después de vivir el *¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?* (Mt 27,46) calla por completo para que su obra se complete.

En la cruz Dios se entrega por completo en el silencio. Así como encontramos dos frentes de silencio: el Padre y el Hijo, en la encarnación, encontramos los mismos en la Cruz.

El Padre guarda silencio y es evidente. En realidad, en la vida de Jesús son pocas las intervenciones directas de Dios, la referencia que tenemos de él está cuando Jesús se alejaba para orar.

⁵⁷ *Ibíd.* p. 209.

⁵⁸ Cf. Ellis, George, *La kénosis como tema unificador de la vida y la cosmología*, en Polkinghorne, John, *op.cit.* pp.151-152.

Pero éste es el momento cumbre del silencio de Dios ya que aquí su Hijo lo necesita para librarse de este suplicio (Cf. Mt 14,35-36). Dios decide no hablar, salvo en el evangelio según San Lucas donde un ángel se acerca para confortarle (Cf. Lc 22,44) un ángel hizo falta porque ya Jesús no escuchaba al Padre, la palabra de Dios ha sido silenciada hasta para aquel que es la Palabra⁵⁹. Aparentemente, la oración en este punto de la vida de Jesús no consigue su objetivo. Y este alejamiento de Dios no es contrario a la historia de la salvación sino que encuentra en ella su coherencia⁶⁰ y aquí descubrimos que la kénosis del Hijo también es kénosis del Padre, Dios no solo entrega a su Hijo sino que en esa entrega se entrega a sí mismo, se deja afectar por ella⁶¹.

El Hijo guarda silencio. Este es el punto para entender bien la encarnación, que no se puede cerrar en Belén, si decimos que encarnación significa que Dios se hace hombre no podemos decir, a nivel del desarrollo humano, que en aquella primera Navidad tenemos ya el “hombre” Jesús. En este instante lo que tenemos es el inicio del hacerse hombre de Dios. Si en este acto empezado con el abajamiento, que hemos relacionado con el silencio, se asume la realidad humana, se asume las limitaciones de la misma, limitaciones que en este momento entenderemos como la imposibilidad de ser todo en un momento, la necesidad del desarrollo progresivo, del hacerse hombre de cada persona. En ese sentido entendemos que encarnación nos dice toda la vida de Jesús. El Hijo se va haciendo hombre en el desarrollo de su vida. No hay que entender aquí que mientras se va haciendo hombre va perdiendo poco a poco su ser divino como si la kénosis se diera progresivamente con la humanización⁶².

En este sentido entendemos el sentido del silencio de Jesús en el momento de la Pasión, si queremos descubrirlo, debemos usar los parámetros de encarnación, de humanización, regresando hasta Belén si es necesario. Al hablar de encarnación referíamos *kénosis*, y ésta no se da solo en el inicio de la vida de Jesús sino en toda su existencia, pero en el momento de la Pasión es cuando se manifiesta con mayor crudeza

⁵⁹ Cf. Rey, Bernard, *La Discreción de Dios*, Colección Alcance-Editorial Sal Terrae, Santander 1999, p. 95-97

⁶⁰ Cf. Moingt, Joseph s.j., *El Hombre que venía de Dios-Cristo en la historia de los Hombres*, Volumen II, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995, p. 229-230

⁶¹ Cf. *Ibíd.* p.302

⁶² No nos referimos aquí a encarnación en términos de unión hipostática, cosa que no se puede afirmar como algo progresivo sin caer en el error. Aquí queremos ampliar el término para entender el movimiento *kenótico* de la encarnación.

y realidad. Es esta la excusa que tiene San Pablo para decir: “El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que *se despojó de sí mismo* tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo haciéndose *obediente hasta la muerte* y una *muerte de cruz*” (Flp 2,6-8)

Si bien la Encarnación se puede decir sin la Pasión, en el sentido de que la Encarnación no es para la Cruz, es necesario reconocer que el hablar de Encarnación nos llevará a hablar de la Pasión⁶³ como el momento en que la humanidad es asumida por completo, y este movimiento que empezó con la kénosis-silencio termina, en su punto máximo, en kénosis-silencio.

Nuestra reflexión nos ha llevado a la cruz y de ella debemos avanzar al sepulcro.

2.2. El sábado de la Pasión

Y ya al atardecer, como era la Preparación, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro respetable del Consejo, que esperaba también el Reino de Dios, y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. Se extrañó Pilato de que ya estuviese muerto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto hacía tiempo. Informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro. María Magdalena y María la de Joset se fijaban dónde era puesto. (Mc 15,42-47)

El abajamiento en términos de silencio, manifestado en la obediencia de la cruz nos ha traído hasta aquí. Pues ahora nos enfrentamos al silencio de Dios experimentado por Jesús y por sus discípulos.

Antes de continuar con la reflexión es necesario hacer una aclaración importante. Si bien estamos hablando del Silencio de Dios en los acontecimientos de la vida de Jesús y lo hemos probado con el apartado anterior, es claro que este silencio se trata de algo diferente a lo que normalmente entendemos por silencio. Si en el capítulo primero tratamos del silencio de Dios no como un desentenderse sino como un apartarse

⁶³ No aceptamos además la radical separación entre Encarnación y Cruz porque tanto la una como la otra responden al mismo movimiento de Cristo de darse, entregarse. La procesión ad intra nos revela la misión ad extra.

respetuoso para que lo creado pueda ser, ahora hablamos del mismo silencio pero manifestado en la existencia de Dios. Dios entra en nuestra historia pero para hacerlo tiene que alejarse de sí mismo, tiene que despojarse de su condición divina para llegar a nosotros.

Enfrentamos, entonces, un silencio que no es ausencia de palabras, el silencio de Dios no es definitivo, no corta el diálogo sino que lo permite, muestra de esto es la reflexión que surge del Silencio de Dios. Cuando Dios calla nos permite hablar de Él, y en ese sentido podemos decir que cuando Dios calla lo podemos conocer.

Y ese es el sentido que descubrimos en este momento del acontecimiento Jesús. Su vida lo ha llevado a la muerte, pues su muerte lo ha llevado al sepulcro, como consecuencia de su *silencio* ha experimentado la realidad más dura de nuestra existencia en solidaridad para la redención de aquellos que no la pudieron alcanzar, dirá Von Balthasar siguiendo la idea de Nicolás de Cusa⁶⁴. Y aunque dicha solidaridad se entienda desde la redención, es necesario meditar no sólo sobre el resultado sino también sobre el descenso al lugar donde Dios no está presente. Antes de decir que Jesús baja para hacer presente a Dios en el infierno diremos que Jesús al bajar al infierno experimenta la ausencia de Dios. La solidaridad del descenso se da en compartir la experiencia del pecado como negación de Dios. El silencio de Dios, lo experimenta Jesús en el lugar donde Dios no está⁶⁵.

En este punto podemos graficar el silencio de Dios encontrando sus elementos. El autor de éste es Dios que no libró a su Hijo de su suplicio, renunciando a la posibilidad de hacerlo, pero sin abandonarlo⁶⁶. El Hijo calla su ser al punto máximo ya que ha comprometido su existencia asumiendo la humana y cayendo hasta los infiernos en su afán de kénosis llega al lugar donde callado Dios, calla también la existencia del hombre.

⁶⁴ Cf. Balthasar, Hans Urs Von, op.cit. p. 147-148

⁶⁵ Afirmamos siguiendo a Von Balthasar que afirma que el infierno “no ha sido iluminado por ninguna luz de redención” (Cf. Balthasar, Hans Urs Von, op.cit. p. 148) es Cristo quien ilumina el infierno al descender a él y así lleva la luz de la redención donde todavía ésta no estaba, donde Dios no estaba.

⁶⁶ Cf. Cf. Rey, Bernard, op.cit. p. 113-114

El sepulcro es entonces el lugar más claro y fuerte del silencio de Dios. Y desde aquel momento no se escucha nada, y al empezar la Pascua se retiran todos en silencio. Ya ni el grito desgarrador del “Siervo Doliente” rompe la noche. Es ahora el silencio que toma sentido de solidaridad y compromiso serio con la obra divina. No podemos ver el sepulcro como mera consecuencia de la cruz o como preparación a la resurrección como si esta se demorara tiempo en gestarse. Tampoco nos conformamos con la explicación llana del tiempo de comprobación de la muerte real. Dios que creando ha permitido el espacio incierto en el que la Vida se queda al margen.

Si la existencia de Jesús se ha comprometido en su muerte, las relaciones trinitarias también están afectadas y el silencio de Dios no se queda en la experiencia de Cristo sino que el Padre sufre la muerte de su Hijo y como la muerte se da en el asumir la naturaleza humana, sufre la muerte humana, el dolor de la creatura ya no sólo es acompañado sino vivido en la “propia carne”.

En la misma experiencia humana el silencio no es sólo para hacer nacer la palabra, hay realidades que exigen silencio, que nos roban la voz y sólo podemos callar para no ofender el misterio o lo sublime del dolor. Y Dios que ha asumido en Cristo toda la crudeza del pecado y sus consecuencias calla ya no solo por la muerte de su creatura sino la de su Hijo, la muerte de las creaturas en su Hijo. El Padre también se merece un tiempo para llorar a su Hijo, para llorar el riesgo de la vida⁶⁷. Se da en el seno de la Trinidad la experiencia de la muerte, pero con todo es la Trinidad la implicada y por tanto es la Trinidad quien la vence.

Es entonces en la radicalidad de la muerte de Jesús que ahora sí el sepulcro, la verdadera muerte, puede ser motivo de salvación para la humanidad. No es solo en lo que lleva de común la muerte de Cristo con nosotros sino en su singularidad que el Sábado de la Pasión se convierte en el Sábado de Gloria.

⁶⁷ No medimos a Dios a partir de nuestras posibilidades, no es que Dios actúe como los hombres necesariamente sino que como lo venimos diciendo, Dios entra en contacto no nosotros con categorías totalmente extrañas a las nuestras sino que asume nuestro lenguaje.

2.3. El Sábado da paso al discípulo.

El silencio de Dios toca también al hombre. Lo que decimos de Dios también nos dice algo sobre nosotros. Así se entiende que ahora el afectado sea el Hombre. Jesús durante su vida se da a conocer y se deja reconocer con dificultad⁶⁸ como el Mesías (Mt 16,16) pero no deja que lo digan a nadie (Mt 8,4), habla a sus discípulos y hasta los prepara para la hora final pero ahora calla. Los sinópticos son claros en este punto, desde la última cena Jesús calla, las pocas palabras que dice, si bien son cargadas de sentido, se enmarcan en el callar de Jesús.

Podemos recordar el episodio de la barca cuando Jesús calma la tempestad (Mc 4,35-41; Mt 8,23-27; Lc 8 22,33) en los tres evangelios se nota que los discípulos se desesperan cuando Jesús está dormido, y esto les consigue un reclamo de parte del Señor. Si cuando Jesús estaba dormido perdieron la esperanza y se llenaron de temor, más ahora que Jesús está muerto, ahora que han visto a su Maestro ser asesinado en la cruz, que no han visto cumplida la promesa como lo atestigua Lucas en el relato de los discípulos de Emaús.

Es claro que la muerte de Jesús trae conmoción en sus discípulos, pero es en esos momentos dónde se probará la misión del Hijo, aquí en la ausencia del maestro es cuándo se mide las fuerzas y el compromiso del discípulo. Claro que todos están conturbados pero ahora es necesario que el Hijo calle para que su obra sea completada. Así como el Padre tuvo que alejarse de su Creación para que ella pueda ser, al Hijo tendrá que alejarse para que su obra sea, aunque este alejarse de Jesús se dará en la Ascensión, ahora en el silencio del sepulcro ya se tiene un primer alejamiento doloroso que probará a los discípulos.

Vemos en el relato evangélico que la respuesta de los discípulos no es del todo mala, claro que muchos abandonan (como en el caso de los discípulos de Emaús) y a lo mejor no regresan, pero los cercanos al Señor siguen juntos. Las mujeres a quienes se les comunicó primero la resurrección, regresan a los Once y todos los demás (Lc 24,9)

⁶⁸ Duquoc, Christian, *Mesianismo de Jesús y Discreción de Dios*, Cristiandad, Madrid, p. 142

que al parecer estaban juntos. Las apariciones de Jesús se dan cuando están reunidos (Mc 16,14ss; Lc 24, 36ss).

Podemos decir que es en el sábado de la Pasión donde se prueba la Iglesia y en la superación de esta prueba se le ofrece la oportunidad de fortalecerse y constituirse, el camino que recorrió junto a Jesús ahora se pone a prueba, la Iglesia será fortalecida y tomará cuerpo ante esta ausencia. Pues es en la ausencia del Creador que la obra puede ser, en la retirada del Salvador que la Salvación puede ser asumida y vivida.

La Salvación es obra trinitaria pero obra del Hijo es su realización histórica⁶⁹, del Hijo encarnado, y al decir encarnado nos referimos a Jesús de Nazareth, aquel hombre concreto que pisó los caminos polvorientos de Israel, la salvación es un acontecimiento histórico en cuanto se dio en un tiempo y en un lugar determinados, pero ésta no se cierra en la época que la vio sino que se perpetúa en la Historia. Así como la Creación no fue abandonada sino que se puso alguien al frente de ella para que la continúe, la Salvación no es abandonada sino que se pone al hombre para que la continúe. Por eso es importante el paso que damos hacia los discípulos, ellos son los encargados de continuar esta obra. Luego de la resurrección y antes de ascender al cielo, Jesús llama a sus discípulos a Galilea y les dijo:

Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. (Mt 28, 18-19)

Jesús no solo da la Salvación sino que la posterga dejando un mandato que posterga no solo su presencia sino la salvación, como lo haría en la última cena:

Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío. De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. (Lc 22,19-20)

⁶⁹ Cfr. González de Cardenal, Olegario, *Cristología*, B.A.C., Madrid, 2001, p. 210-214

Jesús encarga la su obra a los discípulos, es su misión ahora perpetuarla y hacer que llegue a *todas las gentes* ya que todos los hombres son llamados a participar de estos bienes, a formar parte del Pueblo de Dios (Cf. LG 14).

Empieza así el tiempo de la Iglesia, tiempo en que se vivirá lo que se aprendió de Cristo cuando “estuvo con nosotros”, ahora la Iglesia empieza su evangelio como nos lo muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles. Ahí vemos como después de la Ascensión del Señor la Iglesia empieza a escribir su Historia, claro que no se puede hablar de la Iglesia sin hablar de Cristo, pero al ascender a los cielos, Jesús toma distancia para dejar que el Hombre cumpla su misión. Pero el Hombre no está solo, tiene vivo el recuerdo del Señor y desde ahora ese será el principio de accionar, la enseñanza del Señor.

Jesús toma distancia de su obra, guarda silencio pero garantiza su presencia en el recuerdo: “Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn14, 26). Jesús promete el Espíritu Santo como garantía del recuerdo necesario para su presencia y como santificador de la Iglesia.

Ahora bien, la misión encomendada por Cristo de continuar la obra de la Salvación se la vive en la Iglesia de manera diversa, tenemos por ejemplo los Sacramentos que en su interior contemplan el memorial de la pasión, podemos decir el memorial de la salvación obrada por Cristo. La evangelización que parte también del memorial, *el enseñar a guardar todo lo que él nos ha mandado*. La oración y todos los diversos elementos de la vida de la Iglesia nos remitirán al memorial, que como lo dijimos ya en el capítulo anterior no es la repetición mecánica sino que superando el recuerdo conceptual se actualiza lo vivido en otro tiempo para hacerlo vida en el hoy y ahora. Podemos recordar al respecto la constante interpretación que se hace de la Palabra de Dios, o la discusión constante de temas teológicos que exigen actualidad y apertura a los tiempos modernos.

3. EL SILENCIO DE DIOS LAVA SU ROSTRO

Hemos hablado del silencio de Dios en varias acepciones, lo hemos dicho como *dejar ser*, como *discreción* y como *kénosis*. Y éstas nos revelan con mayor claridad el rostro de Dios ya que Él no es solo intervención, no es solo epifanía, es también respeto y confianza en su obra, respeto y confianza en los hombres.

Pues en este punto hemos de considerar con mayor detenimiento lo que significa en Dios el silencio, y cómo esto afecta nuestra imagen de Dios. Aquí podemos hacer una consideración previa que nos parece importante. La salvación realizada por Dios, como la venimos entendiendo, abocada al misterio pascual, punto de recapitulación donde todo alcanza su plenitud, pero abierta a la vez a todo el proyecto de Dios: desde la creación, pasando por la pascua y llegando a nuestros días, ha tenido sus efectos en Dios.

La creación representó para Dios el no ser el único ser existente, dar el ser y hacerse un Otro frente a lo que había hecho, al punto de hacerse negable por aquellos a quienes había puesto al frente de todo, por amor⁷⁰. La *kénosis* del Hijo como encarnación que encuentra su momento cumbre en la tarde del Gólgota cuando, al hacerse uno de nosotros, se hace solidario hasta la muerte y más allá de ella; vulnerable. Es su presencia actual, entre nosotros, la que necesita de una elección de nuestra parte a manera de *memorial*.

Lo obrado por Dios no es un acto pasajero sin más. Creación y *kénosis*-encarnación tienen efectos en Dios. Podemos recordar aquí a Jürgen Moltmann que al hablarnos de la *kénosis* nos dice: “La encarnación del Hijo no es un acto pasajero, sino

⁷⁰ Cfr. Capítulo 1

que permanece eternamente. No existe otro Dios que el Dios hecho Hombre”⁷¹ Pues siguiendo el principio ahí mantenido podemos decir que el silencio de Dios, que hemos encontrado atrás de la Creación y la kénosis-encarnación, tiene que ver con la esencia de Dios, no es una máscara para presentarse ante los hombres. Claro que el silencio no está al mismo nivel que la encarnación y no podemos decir que no hay otro Dios que aquel que guarda silencio. Pero sí podemos decir que no hay otro Dios que aquel que en su discreción deja que el hombre sea, deja que el hombre actúe, que luche por sí mismo y asuma la responsabilidad de sus actos.

Regresamos así a la discreción de la que habíamos hablado ya al decir que Dios no se desentiende de su obra sino que toma distancia para que ésta sea. Pero en este punto hablaremos de la discreción en la presencia de Dios. Podría parecer contradictoria la presencia unida al tomar distancia de Dios, pero no, ya que consideramos todo esto en términos de propuesta, Dios propone la salvación.

El tema que nos ocupa es la propuesta de salvación, pues en ella debe darse la presencia y la distancia, si bien se propone lo que no es todavía pero que puede ser, hay una presencia ya, aunque mínima, que hace que se dé la misma. Pero si lo que se hace es ofrecer la salvación, es necesario que a quien se dirige la oferta se lo deje en libertad, sobre todo porque es la salvación lo propuesto. Ahora bien, el aceptar esta propuesta no es sólo aceptar lo que Dios nos puede dar, esa no es la salvación, no entendemos esto como un regalo de Dios, sino Dios como don, no recibimos algo de Dios en la salvación sino que es Dios a quien recibimos, más explícitamente podemos decir la vida de Dios, que se nos es dada no de manera definitiva, sino progresivamente como lo vemos la economía sacramental de la Iglesia.

Entonces, es ahora el momento de analizar al Dios que se nos ofrece en el silencio.

⁷¹ Moltmann, Jürgen, *Trinidad y Reino de Dios, La Doctrina sobre Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1983, p.135

3.1. El Dios de las Mediaciones.

Si hay algo que reconocer en Dios, es que si se nos revela lo hace a través de mediaciones de diverso tipo, entre las que sobresale la mediación primera, el Hijo. Si antes se nos manifestó Dios por su ley, por los profetas, en los últimos tiempos lo ha hecho en su Hijo (Cf. Hb 1,1-4), en quien toda la revelación ha llegado a su plenitud⁷² porque Dios mismo se ha traducido en nuestros términos para darse a conocer, en términos humanos en el sentido pleno de la palabra. Esto lo podemos anotar como respuesta a la pregunta que Balthasar pone en Dios para abrir su reflexión sobre la Palabra de Dios y el Lenguaje Humano: “¿Cómo expresaré mi Palabra única y absolutamente concreta en la pluralidad de lenguajes y mentalidades de la humanidad?”⁷³ Pues en verdad, el lenguaje propio de Dios es Jesucristo, “lo que él opera y padece, lo que hace y deja de hacer, y evidentemente, también a través de lo que dice”⁷⁴. Es claro que el encuentro con Dios se da en Jesucristo hasta de manera exclusiva, según se puede leer en Jn 14, 6: “Nadie va al Padre sino por mí”

Pensemos un momento en la clásica discusión sobre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, y la respuesta a esta discusión en la imposibilidad de llegar directamente a Jesús de Nazareth⁷⁵. Imposibilidad que no ha significado para la Iglesia un punto de llegada, sino que esta limitación ha motivado la reflexión y el estudio de la Escritura para buscar al Dios escondido en la letra y la Tradición. Es esta limitante de cercanía histórica, en el sentido moderno, lo que ahora abordamos como silencio de Dios. Podemos decir que ahora nos encontramos en el tiempo del silencio que permite la mediación para llegar al Hijo. Nos preguntamos ahora por el lugar dónde encontrarnos con el Hijo. Recordemos aquí que es él quien nos busca primero, sin embargo es necesario reconocer los lugares de encuentro, entre los cuales reconocemos el silencio como elemento que permite la búsqueda-encuentro. Estamos aquí en el punto del silencio como *tomar distancia*, ahora ya no es una distancia que solo permite que el hombre sea, sino que permite que el hombre sea *hombre en humanidad*, en primer lugar.

⁷² Cf. Concilio Vaticano II, *Dei Verbum* 4

⁷³ Balthasar, Hans Urs Von, *La verdad es sinfónica*, Ediciones Encuentro, Madrid 1979, p.53

⁷⁴ *Ibíd.* p. 54

⁷⁵ Cf. Kassemán, E. *El problema del Jesús Histórico*, en Bauer, Johannes, *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1985, p. 161

Hablamos de hombre en humanidad como proyecto del Amor de Dios, que ha sido sintetizado en el Amor a Dios sobre todo y al prójimo como a uno mismo (Cf. Mc 19 29-34). Ponemos el énfasis en el amor al prójimo ahora. Dios se nos ha manifestado y eso no ha anulado nuestra libertad, pues la presencia de Dios no puede anular la humanidad: la unión de los hombres en el amor. Dios no es contrario a la humanidad, lo divino no se opone a lo humano, al contrario, lo perfecciona, y en esa línea debemos entender lo que llevamos dicho en nuestro primer punto de encuentro con el Hijo, en el prójimo.

Partimos de aquí porque es ahí donde generalmente tenemos nuestra primera experiencia de Dios. Si bien se pudiera refutar que la primera referencia que tenemos de Jesucristo es la perpetuada en la Escritura, defendemos nuestra postura diciendo que lo primero que captan nuestros sentidos es la persona que nos lleva esa Palabra, la comunidad con la que me encuentro, donde Jesús ha decidido quedarse: “y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20b) y formar su cuerpo: “miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio” (Ef 3,6b) por quienes Pablo dice: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24).

Es pues en la comunidad que forma el cuerpo de Cristo donde nos encontramos con él. El silencio de Dios, su alejarse, nos permite el encuentro con el hermano, ya que es fácil seguir buscándolo en el sepulcro (Cf. Lc 24,5) o quedarnos mirando al cielo en vez de volvernos a Jerusalén, donde están nuestros hermanos (Cf. Hch 1,11-12). San Pablo ya refiere esto en su reclamo a la comunidad de Corinto que estaba cometiendo abusos en sus reuniones que ya no eran para comer la Cena del Señor ya que mientras unos pasaban necesidad otros se emborrachaban. Frente a eso les dice que quien come y bebe sin discernir el Cuerpo como y bebe su propia condena (Cf. 1Co 11,17-34). Es claro en el texto que al referirse al Cuerpo, San Pablo nos habla de la comunidad, la comunidad que está dividida, que pasa hambre. Es la comunidad, el Cuerpo de Cristo, en función de ella el pan y el vino son el Cuerpo y la Sangre, al punto que si la comunidad no está bien, ya no es la cena del Señor.

En el Evangelio según Mateo hay una referencia aún más explícita de esto. Hablando de “Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria...” (Mt 25,31) el Señor se une con los más pequeños, que la Palabra de Dios los identifica con los que padecen necesidad, al decir: “En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.” (Mt 25,40); “En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25,45). Si hay un lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo, es entonces el otro, el hermano, pero siempre en el amor. Sobre este último ejemplo podemos retener la idea de que Jesucristo se queda en los pequeños, en los necesitados, en el silencio de su sufrimiento Dios se hace presente a nosotros para que no pasemos de largo, en el silencio de su situación, Cristo habla más fuerte (Lc 10,29-37). En el aparente abandono (silencio) Dios se hace presente no solo para los que sufren sino sobre todo para los que estamos frente a ellos. Dios que ha callado su Palabra para que la carne hable, ahora calla más aún para que la carne que sufre grite.

Tenemos que reconocer que para afirmar la presencia de Dios en la comunidad, en el silencio de los necesitados hemos recurrido a la Escritura, pues ella es otro lugar de encuentro con el Señor, seguramente la fuente más fiel, pero la dejamos en segundo lugar porque ella puede apartarnos de la primera. Es más fácil leer la Palabra de Dios, que verla sufriendo en la calles, es más cómodo conocerlo en las letras que no están muriendo de hambre. Pues aquí el silencio es mayor. Pero sí, es por la Palabra de Dios recogida en la Escritura que llegamos a decir la presencia del Señor. Y en este punto debemos reconocer la dificultad que tenemos para acercarnos. Lugar privilegiado del encuentro con Dios y muestra grande de la discreción de Dios, ya que la primera imagen que nos hacemos de ella es la impresión en papel, en la que ha sido silenciada por la tinta a la espera que alguien la proclame.

En el mismo hecho de ser palabra escrita que debe ser anunciada encontramos el silencio que nos dice el riesgo que corre Dios de no ser escuchado en ella, además de la fragilidad de sus voceros. Riesgo que no lo deja sin más, sino que se une a la responsabilidad capacitando a los responsables de la Revelación con su Espíritu Santo⁷⁶. Capacitación que para nada anula la naturaleza sino que la perfecciona y decimos aquí

⁷⁶ Cf. Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 7

capacitación porque es misión del hombre conservar y anunciar la Palabra de Dios. Dios calla para que la Iglesia permita que la humanidad conozca la Palabra de Dios, pues ella, de igual manera, al anunciarla, deberá saber cuando callar para escuchar la duda del hombre, su negación o su aceptación.

Hay otro lugar en el que nos encontramos con el Señor: la Eucaristía. Podemos decir lo propio de todos los sacramentos pero hablamos aquí de la Eucaristía por su lugar primordial en la vida de la Iglesia, como “fuente y cima de toda la vida cristiana”⁷⁷. La Eucaristía, como sacramento de la vida de la Iglesia, es bien entendida como “el compendio y la suma de nuestra fe”⁷⁸, y al igual que los demás sacramentos, en el silencio de los signos que nos llevan al “símbolo”, nos hacen partícipes de la vida divina que nos ofrecen⁷⁹.

El problema viene cuando se abstrae el sacramento de la Eucaristía de la vida de la Iglesia, cuando se lo convierte en su único elemento se corre el riesgo de que el *signo* que habla claro para los miembros del Cuerpo, se convierta en un signo mudo y sin sentido que reclama una significación mágica y desencarnada de salvación.

Y aquí damos un paso importante en nuestra reflexión. Al considerar los lugares de encuentro con el Señor reconocemos la necesidad del silencio, cuando Dios calla, nos podemos encontrar con el hermano, no como negación de Dios y del hermano, sino como afirmación del segundo en el primero. Cuando Dios calla puede hablarnos en la Palabra, pero ahí también debemos buscar el silencio de las letras para que Dios nos hable. Y en los signos sacramentales el encuentro se da al dejar hablar al signo-símbolo para que en él Dios nos hable y nos haga partícipes de su vida.

Dios habla al hombre porque sabe cómo hablarle, y lo hace en sus términos. No obliga a que entendamos lo que no se puede entender, sino que se traduce en nosotros para que lo podamos hacer. Calla su condición para acercarse a nosotros y en ese movimiento y elección de las mediaciones nos hace más hombres: en el encuentro con

⁷⁷ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 11

⁷⁸ Catecismo, 1327

⁷⁹ Cf. CELAM, *Manual de Liturgia*, Edición Santa Fe, Bogotá 1999

el hermano, en el encuentro con la Palabra y en el encuentro con lo simbólico de nuestro ser.

3.2. El silencio de Dios calla la omnipotencia.-

En nuestra reflexión el elemento común si bien es el silencio de Dios, lo estamos tratando a partir de la propuesta de salvación del cristianismo. A partir de allí podemos decir ahora que la salvación se nos propone sin afectar a nuestra libertad, el tomar distancia de Dios lo asegura. Pero nos damos cuenta de que el respeto de Dios no es suficiente para que la aceptemos, y aún manejamos términos que contradicen lo que llevamos dicho, o que nos empujan a una pasividad cancerígena, que nos anula en el diálogo de la salvación.

Dios no hace todo para nuestra salvación, al contrario, permite que nosotros nos salvemos. Como fundamento de nuestra realidad, *sostenedor* de este mundo⁸⁰, nunca nos suplanta en nuestra misión, cae bien aquí la expresión de José María Mardones. Él se refiere a Dios como *sostenedor* del mundo, y siguiendo a Rahner dice: “Dios obra *el* mundo, no obra *en* el mundo”⁸¹. Al respecto aludíamos la perfección de la creación en tal ausencia de Dios que podía encargar su obra al hombre. Ahora podríamos decir que Dios obra *la* salvación, no *en* la salvación. Ante las seguras oposiciones que lo dicho traerá cae una aclaración inmediata.

Sería bueno hacer una diferencia entre la salvación realizada por Cristo una vez y para siempre, y la salvación que se actualiza en el tiempo. Si bien la primera es presupuesta por la segunda, hay una diferencia entre las dos. La salvación es conseguida por Cristo, pero eso no asegura que yo me salvaré, estamos salvados pero en camino de salvación. Por ser *salvación*, necesita de la aceptación del hombre para que lo obrado y conseguido por Cristo se realice plenamente en la persona, entendemos así la posibilidad cierta del infierno. Así como la obra de la creación no queda completa hasta el descanso de Dios, (posibilitado por la creación del hombre y el encargo a éste de la Creación) la obra de la salvación se completa cuando los salvados viven la Salvación y se encargan de ella. Por ejemplo, sabemos que el momento cumbre de la celebración

⁸⁰ Cf. Mardones, José María, *Matar a nuestros dioses*, PPC, Madrid, 2007, pp. 46-47

⁸¹ Cf. *Ibíd.* p. 47

eucarística está en la doxología: Por Cristo, con Él y en Él... pero superando la visión sacrificial podríamos decir que es incompleta la *Eu-caristía* si no se da la comunión, ya que ésta la perfecciona en su cumplimiento pleno⁸². Del mismo modo podemos decir que la salvación queda truncada si no hacemos uso de ella, si no nos beneficiamos de ella. En vez de gracia sería para nosotros causa de angustia y reproche.

Pues el beneficiarse de la salvación, es lo que entendemos en la segunda parte de nuestra afirmación, ese es el campo de acción del hombre, es la respuesta que debe dar el hombre a la propuesta de Dios. Claro que podríamos decir que aún allí Dios actúa dándonos su gracia para que podamos aceptar su propuesta, pero preferimos ubicar ahí el silencio de Dios con una nueva característica, Dios está presente en su ausencia. Dios no necesita estar instigando al hombre para que lo acepte, el hombre es capaz de Dios y por eso es que puede aceptar a Dios, su propuesta de salvación, es capaz de aceptar y aún de rechazar.

La salvación conseguida en Cristo ha sido confiada al hombre⁸³ para que él la conserve y la administre a fin de que en él todos se salven (Cf. Mt 28,18-20). Aquello que es obra de Dios es ahora obra del ser humano, si fue capaz de hacerse cargo de la creación, ahora también será capaz de encargarse de la salvación, propia y de sus hermanos. De esto nos habla el silencio, pero no solo del papel del hombre sino que nos dice algo sobre Dios. Aquel que no duda en poner al frente de su obra al hombre, no duda en dejarlo tomar su parte en la obra de su salvación. Dios renuncia a sí mismo, renuncia a su omnipotencia.

Y es clara esta última afirmación en la realidad de nuestra existencia. Aquel que lo puede todo, renuncia a hacerlo todo. Y esto que puede ser una realidad dura para nosotros, es una realidad liberadora al mismo tiempo. Liberadora en un sentido más profundo. Libera la capacidad del hombre. Fácil seguir preguntándonos porqué Dios no hizo nada en Auschwitz, en Hiroshima, o en Argentina, donde siguen clamando las Madres de la Plaza de Mayo, y Chile que ni la muerte de Pinochet ha calmado la conciencia social herida por los desaparecidos, momentos todos estos cuando tanto se lo

⁸² No queremos decir aquí que la obra de Cristo sea incompleta, tampoco la Eucaristía, queremos referir la obra de Dios no como un hecho aislado de la historia del hombre, sino directamente referido a él.

⁸³ Léase Iglesia

necesitaba. Podemos seguir apuntando con desprecio al cielo para buscar respuestas al hambre o a las injusticias cuando nuestras preguntas claman a la tierra.

El problema está en la idea de omnipotencia entendida como intervencionismo de Dios. Cuando decimos que Dios lo puede todo, decimos que Dios debe intervenir en nuestros problemas para solucionarlos, para reemplazarnos en el dolor, pero no es esa la realidad de la omnipotencia. No podemos, a razón de este principio, encadenar a Dios a nuestros deseos por más humanitarios que sean. La queja es válida, preguntarnos por dónde está Dios en el sufrimiento es correcto, lo incorrecto está en negarle la existencia por no encontrarlo, o por no notar su presencia. Aquí coincidimos con Torres Queiruga en la primera cita que presentábamos en nuestra disertación:

*... el silencio de Dios, no es tal silencio sino únicamente palabra que, poniendo en juego toda la disponibilidad de su amor y toda la fuerza de su poder, consigue llegar hasta nosotros. Si hay silencio, éste radica, no en el callar de Dios, sino en la sordera estructural de la creatura*⁸⁴.

Y aquí la sordera estructural se refiere a la mala expectación que tenemos de Dios, de su presencia en el mundo. Por eso insistimos en limpiar el rostro de Dios.

Es fácil esperar que alguien nos salga al encuentro para librarnos de nuestros sufrimientos apenas se presenten, pero es más humano (más divino a la vez) aceptar nuestra realidad que como finita tiene sus circunstancias propias que limitan la omnipotencia misma de Dios. Al obrar no lo hace negándose a sí mismo o a las leyes con la que ha creado, Dios puede hacer todo lo que sea lógicamente posible⁸⁵. No aceptar estos límites en la omnipotencia de Dios mantiene al hombre en una fe infantil, que espera que su padre le resuelva todo, negándose la posibilidad de madurar y ser libre⁸⁶. Pues Dios no actúa así, aún en los casos desastrosos de la humanidad.

Lo dicho tiene sus aplicaciones en nuestra oración. Hay un principio tan importante como desconocido. La oración no cambia a Dios, nos cambia a nosotros⁸⁷.

⁸⁴ Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Salvación*, Sal Terrae, Santander, Segunda Edición, p. 151

⁸⁵ Cf. Torres Queiruga, Andrés, *Del Terror de Isaac al Abbá de Jesús*, Verbo Divino, Pamplona, 2000, pp. 205-208

⁸⁶ Cf. Mardones, José María, op. cit. p. 52

⁸⁷ Cf. Ibíd. p. 63

No podemos utilizar a Dios, la oración como encuentro amoroso con Dios, en el que “nos dejamos amar” (santa Teresa) nos permite unirnos con Dios para superar los problemas no evitarlos sin más. Dios no es el guarda espaldas que *no nos deja caer en tentación* sino es quien *no nos deja caer en la tentación*, ahí podemos leer tentación como sufrimiento y decir que Dios no nos evita el sufrimiento, como el padre que no deja que su hijo sienta el dolor de la caída, sino que permitiendo el dolor nos ayuda a sanarnos y superarlo para no desmoronarnos si llega a nuestra vida.

Con esto no queremos decir que Dios haya huido, al contrario, se queda con sus hijos que sufren. Recordemos al respecto a Etty Hillesum que se presentó voluntariamente en los campos de concentración de Westerbork en 1942 que oraba diciendo: “Quiero ayudarte, Dios, para que no me abandones... Con cada latido del corazón comprendo más claramente que no puedes ayudarnos, sino que debemos ayudarte a ti y defender tu morada dentro de nosotros hasta el último momento”⁸⁸ o a Elie Wiesel que descubre a Dios “en los ahorcados, ejecutados y gaseados de Auschwitz y de todas las violaciones, injusticias e inhumanidades de este mundo”⁸⁹. La experiencia narrada en *La Noche* acerca del niño ahorcado con los dos hombres *al ponerse el sol*, Ante el grito por la libertad de los dos adultos y la escena del ahorcamiento que desprende lágrimas de los espectadores desprende la vida que se aferra o la muerte que prolonga la agonía, en el niño que sigue vivo. Es ahí donde la pregunta se repite ya no en los mismos términos, ya no es ¿Dónde está el buen Dios, dónde está él? no es reclamo de presencia sino reclamo de accionar: ¿Dónde está Dios ahora? Cuenta Elie Wiesel haber sentido una voz dentro de sí que le decía: ¿Dónde está Él? Aquí está, colgando de la horca⁹⁰. Lo propio debemos decir de la experiencia del crucificado, en la cruz encontramos a Dios, su rebajamiento, Dios en su plena omnipotencia, en su divinidad⁹¹.

Queda más clara la presencia-ausencia de Dios. Está presente pero ausente en su intervención, no porque no le interese, de ser así no estaría ahí. In-activo por su Creación. Aquí la salvación cobra otro sentido más elemental, la salvación no se agota

⁸⁸ En Mardones, José María, op. cit. p. 53

⁸⁹ Mardones, José María, op. cit. p. 57. La experiencia de Elie Wiesel es una clara referencia a lo que venimos diciendo

⁹⁰ Wiesel, Elie, *La Nuit*, Les Éditions de Minuit, París 1958, pp 102-103 :

⁹¹ Cf. Moltrmann, Jürgen, *El Dios Crucificado*, Sígueme, Salamanca, 1977, p.285

en el mal, hasta parece pasarlo de largo, la salvación es la presencia de Dios, el vivir con Dios que relativiza los sufrimientos, la presencia de lo trascendental en Elie Wiesel, Anna Frank, Etty Hillesum, el cardenal Van Thuan, los presos por las injusticias, gaseados y desaparecidos, es lo que motiva su lucha y su resistencia hasta el final. Hay en estos personajes un valor mayor (Dios, Libertad, Salvación) que hace relativo lo que tienen que sufrir y no se ahogan en la situación adversa. Como la madre que incita a sus hijos a morir por Dios (Cf. Macabeos.), o como los mártires que derraman su sangre con infinito amor. El problema viene cuando quienes sufren no lo hacen con este supuesto, cuando la injusticia se impone a la fe, cuando la fe es algo muy lejano y el mal mata el alma antes que las balas el cuerpo.

No podemos descargar toda la responsabilidad de esto al sufrimiento, no es éste el único elemento causante del desánimo y aflicción. El panorama se vuelve negativo cuando el sufrimiento es afrontado desde una fe poco informada o mal formada desde concepciones ilusorias de Dios. Hablamos en este acápite de la omnipotencia divina, que entendida a la ligera puede hacernos caer en la negación de Dios ya no sólo por su aparente ausencia sino también por su aparente falta de interés con lo que nos pasa. Si Dios no hace nada, o no puede, o no quiere, sea cual fuese nuestra respuesta Dios queda al margen de nuestra vida.

Pues nos unimos aquí a la reflexión de los últimos años inspirada por la teología kenótica que ha partir de la Revelación en Jesucristo ha analizado nuevamente los principios clásicos referidos a Dios⁹². No negaremos que Dios es omnipotente, pero es necesario reconocer que desde el momento mismo de la Creación Dios ha callado su omnipotencia para dar paso a la permisión divina⁹³, que no es un abandono sino un dejar espacio causal a las creaturas⁹⁴. Dios no quiere el mal, pero lo permite en este mundo al que sigue asistiendo desde la divina providencia especial que actúa como una causa entre las causas⁹⁵.

⁹² Ward, Keith, *Cosmos y Kénosis*, en Polkinghorne, John, op.cit. pp. 197-215: Keith Ward aquí hace un análisis sobre los conceptos tradicionales sobre Dios para dar paso a un Nuevo concepto relacional de Dios en autodonación y realización.

⁹³ Cf. Polkinghorne, John, *Creación kenótica y acción divina*, en Polkinghorne, John, op.cit. pp.127-146

⁹⁴ Cf. Ibíd. pp. 141-142

⁹⁵ Cf. Ibíd. p. 144

El reclamo de la humanidad no sería solo a Dios, sino que, con él, estaría dirigido a nosotros. Cobra aquí urgencia la evangelización, que no será para mitigar los sufrimientos con esperanzas alucinógenas como la madre de la niña Camino en la película de Javier Fesser, que refugiada en una fe alterada se consuela con el más allá a despecho del presente. Al contrario, nuestra evangelización debe dirigirse a evitar que esos males se den y a que la esperanza sea verdadera en la lucha, sin negar la bienaventuranza pero sin caer en la promesa deshumanizante que desprende al ser humano de responsabilidad frente a su historia.

3.3. El Silencio revela a Dios.-

Es importante regresar la mirada sobre nuestra cuestión inicial. Tratando la propuesta de salvación del cristianismo hemos abordado el silencio de Dios como una aparente negación de la misma, pues, la propuesta de salvación del cristianismo debemos reconocer que se da “anunciando del Evangelio a toda criatura”⁹⁶, es en el anuncio donde se muestra a Dios. Pero esto tiene una base más profunda en la Revelación misma de Dios, garantía del *kerigma*, que asegura nuestro encuentro con Dios ya que “Dispuso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo...”⁹⁷, no conocemos algo de Dios, sino que conocemos a Dios mismo. De ahí que el anuncio del Evangelio no es para dar a conocer datos sobre Jesús sino permitir el encuentro con Dios mismo.

Hablamos ahora de anuncio y revelación que a primera vista parecería negar el silencio de Dios ya que al darse lo primero se anula el silencio. Pero en realidad, se hace presente cuando contemplamos la manera de Revelación que si bien no se trata de dar datos sobre Dios sino de un encuentro con él, notamos la importancia del Silencio en los datos que hemos desarrollado en los capítulos anteriores, y sobre todo a manera de encuentro, podemos hablar de encuentro personal con Dios⁹⁸. Que para entrar en contacto con nosotros hace uso del silencio, ya no solo ontológico sino del silencio como condición necesaria para el diálogo.

⁹⁶ *Lumen Gentium*, 1

⁹⁷ *Dei Verbum*, 2

⁹⁸ Hablamos de personal no en el sentido de encuentro de dos individualidades sino que usamos *personal* para resaltar el encuentro con la persona de Cristo, ya sea presente en una comunidad concreta o en una experiencia concreta en una comunidad cristiana, pero siempre Él.

Dios sale al encuentro de los hombres en Jesús, y con ellos entra en diálogo no solo de palabras sino en signos y gestos que no nos revelan su poder sino su esencia. No sana a los enfermos, leprosos y demás, para demostrarnos su poder sino para demostrarnos quién es, para que se manifieste la gloria de Dios, como en la muerte de Lázaro (Cf. Jn 11,1-44). Entonces, si hablamos de Revelación es necesario superar la visión parcial de ésta para entenderla rectamente: es Dios quién se revela, no sus atributos los que se nos dan a conocer sin más. La Revelación es entonces, encuentro con Dios⁹⁹ ya que no se puede decir que alguien se revela a la distancia, por lo menos no en nuestro caso ya que partimos de la Revelación en Jesucristo, culmen de la Revelación¹⁰⁰, en quien ha dicho todo sobre sí de manera accesible a nosotros. Dios hace historia con su pueblo, pero con Cristo se hace historia con su pueblo, se hace *encontrable*, ya no solo en una *suave brisa*, sino en una carne concreta, en la fragilidad misma de la brisa, que ahora se hace fragilidad vulnerable, en una historia humana concreta a la que podemos interrogar y hasta negar.

Es esta Revelación la que reconoce el silencio de Dios, el silencio del encuentro que no anula al otro¹⁰¹, sino que lo respeta como persona y deja que dude de aquel a quien está al frente. Duda que trae consigo la pregunta por la identidad del que ha aparecido, semejante a mí pero desconcertante porque no es como yo. Duda que se da porque el otro ha guardado silencio sobre sí, silencio que, sin anular la presencia, me incomoda y me llama a romperlo con el diálogo, entendemos así una dinámica de la presencia-ausencia como medio necesario para que se dé el diálogo, la conversación más allá de lo trivial, en nuestro caso un diálogo existencial en cuanto necesario para que el hombre se encuentre a sí mismo y a su salvación frente a Dios.

A más de hacer fructífero el encuentro motivando el diálogo, el silencio permite su continuidad. En una conversación común, se comprende la importancia del silencio como garantía de interacción, es necesario callar para que el otro responda lo que uno ha dicho, es necesario guardar silencio para entender lo que se nos dice, es importante superar el monólogo para que nos podamos encontrar realmente con aquel que no solo

⁹⁹ Cf. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2010, n. 6

¹⁰⁰ Cf. *Dei Verbum*, 4

¹⁰¹ La Revelación que no anula al otro, ni lo hace simple espectador es consecuencia de la misma encarnación kenótica que se da desde la delicadeza de la carne que se dispone a crecer y a experimentar al punto de guardar silencio durante treinta años. Cf. título 2.2 La kénosis de Dios

quiere escucharnos sino que quiere que también le escuchemos. Y eso pasa en la Revelación, Dios no puede sin más darnos todo de sí siendo sordo a nuestra realidad, al contrario, revisando la Escritura notamos cómo Dios se da a conocer de manera pedagógica a su pueblo, corrigiéndolo necesariamente pero marcando un ritmo accesible a las posibilidades del hombre.

En la Revelación no solo conocemos a Dios, sino que Dios también nos conoce, y nos conocemos entre nosotros, nos conocemos entre nosotros a partir de la Revelación pero lo hacemos con la mirada de Dios. La nuestra no es inmune a la experiencia de Dios, se enriquece con ella y nos hace relacionarnos a su luz, el encuentro con Dios nos enseña a encontrarnos con los demás. Es esta la relación necesaria que debemos aceptar si mantenemos nuestro discurso del silencio de Dios. Él calla para que asimilemos lo que nos ha dicho, él calla para conocernos en la respuesta a su palabra, calla para que nos conozcamos entre nosotros también. El encuentro con Dios no puede negar el encuentro entre nosotros, al contrario es su garantía: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1Jn 4,20-21).

Hemos abierto pues la Revelación a la experiencia, sin enmarcarla en la Escritura, hemos hecho de ella una conquista constante en el encuentro con el Otro y los otros. Pero no podemos negar la preponderancia de la Escritura al respecto, en ella tenemos certeza de Revelación pero aún ahí cabe la interpretación, o mejor dicho es necesaria. La Revelación no es algo cerrado y acabado, repitámoslo, no conocemos algo de Dios, sino a Dios y por eso el trabajo es la búsqueda en el encuentro con las realidades que salen frente a nosotros, a la Escritura misma que al venir a nosotros en una Tradición, nos invita a hacer Historia, a hacer tradición con ella. Regresando al misterio de la encarnación reconocemos que la Revelación se da en estos términos, en términos de historia a la manera del Cantar de los Cantares, la historia del Amor en el encuentro y desencuentro con el ser amado, para nosotros de encuentro y desencuentro con el revelado. Esta historia es entonces para nosotros un cúmulo de posibilidades, leer la Palabra de Dios nos abre al mundo con una mirada nueva, y con una búsqueda nueva ya que lo que hemos visto en la tinta ahora lo buscaremos en la carne. Pasamos así de la búsqueda abstracta a la experiencia del encuentro. Al amor al hermano del que

hablábamos al finalizar el párrafo anterior se hace realidad en la historia inaugurada por la Revelación, si nos hemos encontrado con Dios en nuestra lectura, al abandonar las páginas delgadas, el desencuentro salta a nuestros ojos en el silencio de Dios, que clama a la memoria en los ojos del pavimento que buscan el encuentro.

Podemos añadir aún otro dato, la Revelación leída desde el silencio de Dios nos habla también de esperanza. La esperanza que en la misma línea de reflexión nos lleva a hacer realidad la historia junto a Dios. El silencio de Dios lo podemos leer a partir del *ya pero todavía no* de la esperanza cristiana, como momento de la actuación humana, como lugar del quehacer humano por el Reino. Hay que reconocer entonces que el silencio no es la primera palabra de Dios, y tampoco su actitud definitiva, recordemos que antes de callar, nos ha hablado; antes de callar nos ha prometido que se quedaría, que regresaría. Pues solo en la línea de la promesa podemos aceptar el silencio de Dios en nuestro discurso cristiano. No podemos aceptar que Dios se desentienda en el mutismo de nuestra realidad, ese no es quien murió en la cruz y resucitó.

Si bien el silencio de Dios nos ayuda a reconocer el rostro de Dios, es necesario purificar este silencio de su sentido negativo. Dios se nos revela en el silencio, solo desde él podremos entender a Dios sin manipularlo para nuestros deseos, porque con él no solo nos respeta como personas libres sino que también nos hace respetarlo en su liberalidad y en su decisión creadora-salvadora.

CONCLUSION

Nuestra pregunta es: ¿El silencio de Dios niega la propuesta de salvación del cristianismo? Pues respondemos que no, al contrario, es condición necesaria para que la salvación sea aceptada y para que la propuesta de salvación siga siendo propuesta. El silencio de Dios garantiza que el hombre pueda pensar esa propuesta, la presencia activa de Dios no le dejaría pensar en negarse a ella, entonces sería una respuesta forzada y la salvación dejaría de ser lo que es para ser una especie de secuestro, por el bien del hombre sin duda, pero secuestro a la final.

Esto lo tenemos presente en toda la economía de la salvación, que no se reduce al misterio pascual ciertamente (aunque este sea el momento recapitulador, máximo, englobante), sino que se desarrolla en todo el Plan divino inaugurado por la creación y orientado a la Parusía. Proyecto en firme de esto es la imagen y semejanza con la que fuimos creados, no como cosa hecha sino como proyecto en cuanto la semejanza sería lo que esperamos como consumación de nuestra existencia, de la que, eso sí, hemos recibido la muestra en la Pascua. Pues en la creación encontramos ya el silencio de Dios como garantía del ser del hombre, del ser en sí. Si Dios no guardaba silencio en el día séptimo, si no cesaba su obrar, el hombre no podía comenzar el suyo, entonces el silencio de Dios tiene un doble sentido: culminación de la obra e inicio del ser del hombre, ser en libertad.

Ahora bien, este ser en libertad del hombre no es anulación de Dios, es más bien, el silencio de Dios es también una invitación a hacerlo presente, a través de la memoria, el memorial que no solo repite sino que actualiza el acontecimiento trayéndolo al presente, es como el mecanismo del silencio que permite tomar una decisión frente a Dios.

Lo propio podremos decir en la experiencia de Jesús en cuanto Palabra silenciada de Dios, se hace cercano a los hombres haciéndose uno de ellos. Silenciando su ser divino al asumir nuestra carne y sintiendo el mismo el silencio de Dios hace de la salvación una propuesta que requiere de la respuesta del hombre, no le obliga a aceptarlo, aunque sí le pide reconocerlo, creer en él, pero no desde la omnipotencia deslumbrante sino desde la realidad del silencio para que el hombre haga parte de la empresa de la salvación.

La Iglesia trata de recobrar este obrar de Dios en el silencio que respeta al hombre proponiendo la salvación. La imposición no puede ser parte del discurso cristiano aún cuando sea en beneficio de los evangelizados.

Entonces el silencio de Dios nos revela un Dios más respetuoso en cuanto amoroso. Dios no se mueve por nuestros intereses sino por el mayor bien, no es un Dios intervencionista sino un Dios que se compromete con el sufrimiento humano, que decide hacer historia con nosotros, que nos confía su obra de creación-salvación, porque cree en nosotros. Dios ha decidido hacerse vulnerable por nosotros. Y este es el Dios a quien aceptamos en la propuesta del cristianismo. No un padre sobreprotector, sino Dios que no se arrepiente de lo que ha hecho al darnos el ser, sino que se compromete en nuestro hacernos hombres desde la Revelación-Silencio, Encuentro-Desencuentro garantizando nuestra libertad y mostrándonos el camino a la felicidad.

Este Dios al que hemos aceptado ha corrido un gran riesgo con todo esto. El riesgo del sufrimiento. Al crear permite la existencia del no-ser y al permitir el no-ser corre el riesgo del sufrimiento y de la muerte. No es lo que Dios buscaba al crear sino el riesgo que ha corrido para realmente tener Creación. En ese sentido encontramos a un Dios preocupado al extremo por la “obra de sus manos”. El Dios de la Historia no es sólo el motor de ella sino es el Yahvé que acompaña a su pueblo, lo cuida bajo la sombra de sus alas y nunca lo deja sólo. El riesgo que corre no es un riesgo para el hombre solamente es ante todo un riesgo para Él. Por eso Jesús, la Palabra eterna de Dios, por y para quien se hizo todo, entra en la Historia y corre en su propia “carne” el riesgo y triunfa por él. Por eso no ha cerrado la Creación el día del descanso sino que la ha completado el día del Señor que lo vivimos en el ahora pero lo esperamos con la voz firme en el Maranatha.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIA

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998

DOCUMENTOS MAGISTERIALES

Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2010.

Catecismo de la Iglesia Católica

CELAM, *Manual de Liturgia*, Edición Santa Fe, Bogotá 1999

Documentos del Concilio Vaticano II

LIBROS

Balthasar, Hans Urs Von, *La verdad es sinfónica*, Ediciones Encuentro, Madrid 1979.

Balthasar, Hans Urs Von, *Teología de los tres días*, Ediciones Encuentro, Madrid 2000.

Boff, Leonardo, *Pasión de Cristo-Pasión del Mundo*, Editorial Sal Terrae, Santander 1980.

Duquoc, Christian, *Mesianismo de Jesús y Discreción de Dios*, Cristiandad, Madrid

Galot, J. *La conciencia de Jesús*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1973.

Gesché, A. *El Hombre* Ed. Sígueme, Salamanca

González de Cardenal, Olegario, *Cristología*, B.A.C., Madrid, 2001.

Greshake Gisbert, *¿Por qué el Dios del Amor permite que suframos?*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2008.

Mardones, José María, *Matar a nuestros dioses*, PPC, Madrid, 2007.

Metz, Johann Baptist, *Memoria Passionis*, Sal Terrae, Santander 2007.

Moingt, Joseph s.j., *El Hombre que venía de Dios-Cristo en la historia de los Hombres*, Volumen II, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995.

Moltmann, Jürgen, *Dios en la Creación*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1987.

Moltmann, Jürgen, *Trinidad y Reino de Dios, La Doctrina sobre Dios*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1983.

Moltmann, Jürgen, *El Dios Crucificado*, Sígueme, Salamanca, 1977.

Polkinghorne, John (ed.) *La Obra del Amor, la creación como kénosis*, Ediciones Verbo Divino, Navarra, 2008.

Renckens, H. s.j., *Así pensaba Israel, Creación Paraíso y Pecado Original*, Ediciones Guadarrama Madrid 1960.

Rey, Bernard, *La Discreción de Dios*, Colección Alcance-Editorial Sal Terrae, Santander 1999.

Sesboüé, Bernard, *Historia de los Dogmas*,

Torres Queiruga, Andrés, *Del Terror de Isaac al Abbá de Jesús*, Verbo Divino, Pamplona, 2000.

Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Creación*, Sal Terrae, Santander, Tercera Edición.

Torres Queiruga, Andrés, *Recuperar la Salvación*, Editorial SAL TERRAE, Santander, Segunda Edición.

Wiesel, Elie, *La Nuit*, Les Éditions de Minuit, París 1958.

ARTÍCULOS

Käseman, E. *El problema del Jesús Histórico*, en Bauer, Johannes, *Diccionario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1985.

Maldamé, Jean-Michel, o.p., *Pecado original, pecado de Adán y pecado del mundo*